

Además...

LAS MANOS DEL SEÑOR OTTERMOLÉ

Por Thomas Burke

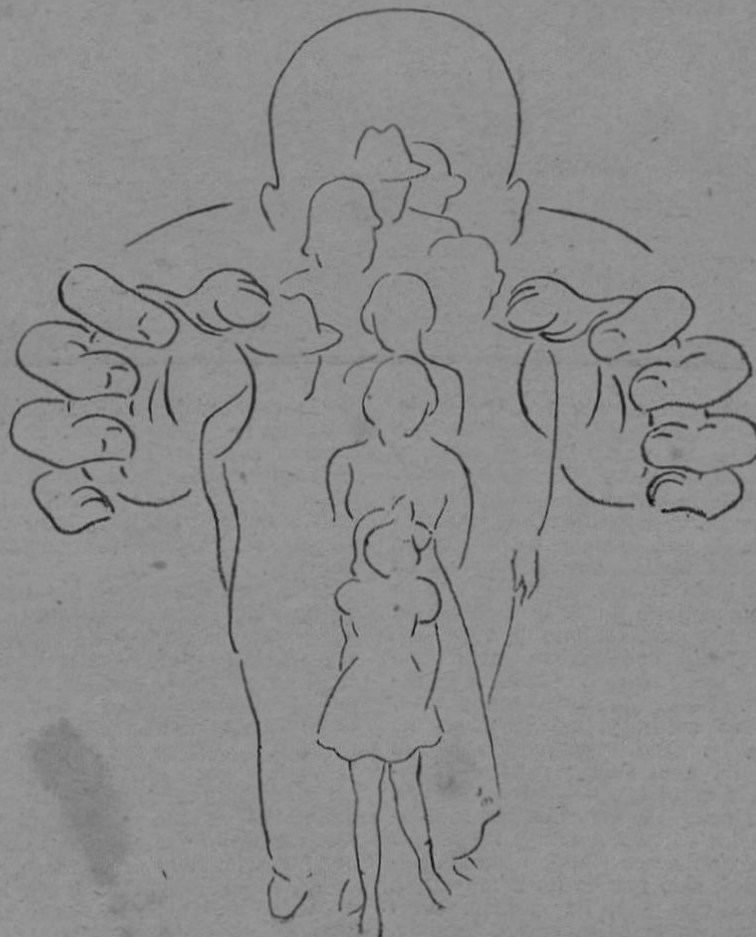
A las seis de la tarde de un día de enero, el señor Whybrow volvía a casa a través de la maraña de callejuelas que forma el extremo Este de Londres. Había dejado atrás el dorado clamor de High Street, hasta donde lo había llevado el tren desde el río, después de su trabajo diario, y ahora se encontraba en una bifurcación de caminos que, como tablero de ajedrez, se denomina Mallon End. Hasta allí no llegaba nada del brillo y del movimiento de High Street. Un poco hacia el Sur... una marea desbordante de vida que va y viene. Aquí... sólo figuras que caminaban vacilantes y veladas. Estaba en el albañal de Londres, el último refugio de todos los vagabundos de Europa.

Como quisiera estar a tono con el ambiente de este arrabal, él también caminaba lentamente, con la cabeza baja. Parecía que reflexionaba sobre algún problema grave, pero no era así. No tenía problemas. Caminaba lentamente porque había estado de pie todo el día, y parecía meditar por que estaba pensando si su mujer le serviría sardinas o róbalo con el té; y trataba de decidir cuál de las dos cosas sabría mejor en una noche como aquella. Era una noche detestable, húmeda y neblinosa; la neblina se le metía en la garganta y en los ojos, la humedad había impregnado la banqueta y la calle, y la claridad de alguna luz, donde la había, lanzaba un reflejo opaco que causaba escalofríos sólo mirarla. Por contraste, aquello hacía sus pensamientos más agradables, y hacía que se sintiera deseoso de tomar té... ya fuera con sardinas o con róbalo. Veía una cocina alumbrada con gas y fuego acogedor, y la mesa del té lista. El calor agradable de la chimenea, una tetera que cantaba en un rincón y una tentadora profusión de sardinas, o quizá róbalo, o quizá embutidos. La visión hizo que sus doloridos pies se sintieran más ligeros, y que renaciera en él la energía. Se sacudió la humedad del traje, y se apresuró hacia la realización de su ensueño.

Pero, el señor Whybrow no tomaría el té esa noche... ni ninguna otra noche. El señor Whybrow iba a morir. Como a cien yardas detrás de él otro hombre avanzaba; un hombre muy semejante al señor Whybrow, y muy semejante a cualquier otro hombre, pero sin la única calidad de

que permite a los humanos apaciblemente reunidos, y no como locos en la selva. Un hombre con el corazón muerto, que se iba consumiendo a sí mismo, y del cual brotaban los dañinos organismos que producían la muerte y la corrupción. Y esa cosa con aspecto de hombre, a causa de un capricho o de una idea fija —no se puede saber—, se había dicho a sí mismo que el señor Whybrow no volvería a saborear una sardina. No era porque el señor Whybrow le hubiera hecho al

ciclón en un lugar determinado del planeta, y que destruya quinientas vidas en ese sitio, y deje a otras quinientas vidas en ese mismo sitio. Así fué cómo este hombre escogió al señor Whybrow, como pudo habernos escogido a usted o a mí, si hubiéramos estado dentro del área de sus observaciones cotidianas; y ahora caminaba por las calles de un tinte azulado, acariciándose sus enorme manos blancas, moviéndose cada vez más cerca de



gún daño. Ni porque le desagradara el señor Whybrow. En realidad, nada sabía de él, excepto que se trataba de una figura familiar en esas calles. Pero, impulsado por una fuerza que se había introducido en sus células vacías, escogió al señor Whybrow con esa manera ciega de elegir que tiene uno para escoger una mesa en un restaurante, que en nada se diferencia de otras cuatro o cinco mesas; o una manzana en un plato que contiene media docena de otras iguales; o la que hace

la mesa de té del señor Whybrow, y tanto más cerca del propio señor Whybrow.

Este hombre no era malo. En realidad, tenía muchas cualidades amables y sociales, y era considerado como una persona respetable, tal como acontece en muchos criminales afortunados. Pero había penetrado en su mente desequilibrada el pensamiento de que le gustaría asesinar a alguien y, como no tenía temor de Dios ni temía al hombre, lo iba a hacer, y después regresaría a su casa a tomar su té. No digo

todo esto sin fundamento, sino como afirmación de un hecho comprobado. Aunque que parezca extraño e incomprensible a la mente humana, los asesinos deben comer, y comen después de cometer un asesinato. No existe razón alguna para que no lo hagan. Por una parte, necesitan encontrarse en toda su capacidad, tanto física como mental, para el trabajo que requiere ocultar su crimen. Por otra parte, el gran esfuerzo realizado les hace sentir hambre, y la satisfacción del cumplimiento de un deseo trae consigo un sentimiento de inclinación hacia los placeres humanos. Es una teoría muy generalizada entre los no criminales la de que los asesinos siempre se sienten dominados por el miedo de ser descubiertos y por el horror hacia sus actos; pero ese tipo de asesino es raro. Su seguridad personal, es por supuesto, su preocupación inmediata; pero la vanidad es un sentimiento innato en la mayoría de los asesinos, y eso, unido a la emoción del triunfo, los hace tener confianza en su seguridad; y cuando han recuperado sus fuerzas por medio del aliento se dedican a asegurarse, como una joven anfitriona iría de un lado para otro arreglando los detalles de su primera gran comida; un poco ansiosos, pero no más. Los criminalistas y los detectives dicen que cada asesino, no importa cuán inteligente o astuto sea, siempre comete un pequeño error en sus métodos; un pequeño error que causa su ruina. Pero eso es cierto sólo relativamente. Sólo es verdad respecto a los criminales que son capturados; y, en consecuencia, debe ser descartada esa teoría respecto a los criminales que no llegan a ser capturados, porque no cometieron ningún error. Este hombre no lo comió.

En cuanto al horror o al remordimiento, los capellanes de las prisiones, los doctores y los abogados han dicho que entre los asesinos que han entrevistado, aun estando condenados a la pena capital, y encontrándose ya amenazados por las penumbras de la muerte, sólo en algunos casos han sentido contrición por sus actos o demostrado alguna señal de arrepentimiento moral. Muchos de ellos sólo demuestran desesperación por haber sido capturados, cuantos otros continúan inmunes; o indignación por ser condenados, como consecuencia de un acto perfectamente razonable. No importa cuán humanos y normales hayan sido antes del asesinato si se encuentran completamente sin conciencia después de él. Porque,

SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA"
CON ESTE CONTENIDO:

- Los maestros de la literatura policial: LAS MANOS DEL SEÑOR OTTERMOLÉ (Novela completa), por Thomas Burke.
- EL ARMADOR AQUEL... (Poema), por Miguel de Unamuno.
- EL TICO Y SU TIERRA, por William Vogt.
- HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA, por Rafael Obregón Loria.
- LAS PRODUCCIONES CINEMATOGRAFICAS DEL 1953, por Norman Smith.
- ANECOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- NUEVO CONCEPTO SOBRE LOS "BARBAROS" VIKINGOS, por Marcel Vanhamme.
- LAS CIUDADES TENTACULARES, por Charles Morazé.
- Los libros y los días: WHITE Y EL ENSAYO MODERNO, por Ramón Sender.
- CARTAS DE LUZ DEL ALBA.
- VAGABUNDA, LA TIJERA, por Salvador Jiménez Canossa.

San José, Costa Rica, 4 de abril de 1954
Nº 92.

¿qué es la conciencia? Simplemente un sobrenombre distinguido para dominar la superstición, que es a la vez un sobrenombre distinguido del miedo. Los que asocian el asesinato con el remordimiento están, indudablemente, basando sus teorías en la leyenda del remordimiento de Caín, o tratan de experimentar en sus débiles mentalidades, las reacciones del criminal, y, por tanto, sacan a conclusión ideas falsas. Las personas pacíficas no pueden identificarse con la mente criminal, porque no sólo son diferentes mentalmente al criminal, sino que, también, diferentes en su constitución química y personal. Algunos hombres pueden hacerlo, y matan no sólo a un hombre, sino a dos o tres, y continúan serenamente con sus ocupaciones, cotidianas.

Otros hombres no pueden hacerlo; hasta cuando reciben la más obstinada provocación, sólo llegan a herir. Esta es la clase de hombres que se imagina al criminal en un infierno de remordimiento y de temor a la ley, cuando en la realidad está tranquilamente sentado tomando el té.

El hombre de las grandes manos blancas estaba tan deseoso de tomar el té como lo estaba el señor Whybrow, pero tenía algo que hacer antes de ir a tomarlo. Cuando lo hubiera hecho, sin cometer el más ligero error, se sentiría aún más ansioso de tomarlo; y lo haría agradablemente, como lo habría hecho el día anterior, cuando sus manos no estaban manchadas.

Siga caminando entonces, señor Whybrow, siga caminando; y al hacerlo, contemple por última vez los pasajes familiares de su viaje nocturno. Piense bien en su mesa de té. Contemple y disfrute de su calor, color y abundancia; halague sus ojos con esa escena, y deleite su olfato con el aroma suave y doméstico, porque nunca llegará a sentarse ante ella. Como a diez minutos de su mismo camino va un fantasma, lo sigue, y en su corazón ha pronunciado un veredicto, y usted está condenado. Allí van usted y su fantasma, dos sombras nebulosas de muerte, avanzando entre la atmósfera verdosa sobre el pavimento azul grisáceo, uno para matar, el otro para ser muerto. Siga caminando. No fatigüe sus pies cansados apresurándose, porque cuanto más despacio camine, respirará por más tiempo el oxígeno verdoso de esta noche de enero, y contemplará la luz opaca y las pequeñas tiendas, y escuchará el transitar agradable de los habitantes de Londres y las melodías pegajosas del organillo. Todo esto forma parte de su vida, señor Whybrow. Usted no lo sabe ahora, pero dentro de quince minutos usted tendrá dos segundos para comprender lo que todo ello significa para usted.

Siga caminando, a través de este tablero alocado. Va usted por Lagos Street, entre las tiendas de campaña de los vagabundos del Este de Europa. Un minuto más, y ya va por Loyal Lane, entre las viviendas que abrigan a todos los descartados e inútiles habitantes de Londres. El camino está impregnado de su olor, y su suave obscuridad parece pesar con el lamento de lo fútil. Pero usted no es sensitivo a las cosas impalpables, y pasa a través de todo eso ciegamente, como lo hace todas las noches, y llega hasta la calle Blean y la atraviesa también. Desde los cimientos hasta las nubes se elevan las habitaciones de una colonia de extranjeritos. Sus ventanas vetean el ébano de sus paredes con un tinte alimonado; detrás de esas ventanas una vida extraña se agita ataviada con costumbres ajenas a Londres o a In-

EL ARMADOR AQUEL...

(Mateo-cap. XIII. II Corán, III, 6)

*El armador aquel de las casas rústicas
habló desde la barca:
ellos, sobre la grava de la orilla,
él flotando en las aguas.*

*Y la brisa del lago recogía
de su boca parábolas;
ojos que ven, oídos que oyen gozan
de bienaventuranza.*

*Recién nacían por el aire claro
las semillas aladas,
el sol las revestía con sus rayos,
la brisa las cunaba.*

*Hasta que, al fin, cayeron en un libro,
hay tragedia del alma;
ellos tumbados en la grava seca,
y él flotando en las aguas.....*

MIGUEL DE UNAMUNO



glaterra; sin embargo, en esencia, es la misma vida agradable que usted ha vivido hasta ahora, y que esta noche dejará de vivir. Desde la altura una voz que canta "La Canción de Katta"; a través de una ventana usted observa a una familia entera ocupada en un rito religioso. A través de otra ve usted una mujer que le sirve el té a su esposo. Contempla a un hombre que remienda un par de botas, una madre que baña a su bebé. Usted ha visto todas estas cosas antes, y, sin embargo, no les ha dado importancia. No se la da aún, ahora; pero si supiera que nunca las volverá a ver, les prestaría atención. Usted nunca las volverá a ver, y no es que su vida haya llegado a su fin natural, sino porque un hombre, junto al que usted ha pasado varias veces en la calle, se ha decidido, para su placer único, a usurpar la terrible autoridad de la naturaleza y matarlo a usted. Así es que quizás sería mejor que se dé cuenta de lo que lo rodea, porque la parte que usted tomaba en todo eso ha terminado. Ya no disfrutará de estos bellos instantes de trabajo en la tierra; sólo un instante de terror, y después la obscuridad absoluta.

Ya se mueve más cerca de usted esa figura de destrucción, ya se encuentra a veinte yardas detrás de usted. Ya puede escuchar sus pisadas, pero usted no vuel-

ve la cabeza. Ya está familiarizado con el ruido de ellas. Se encuentra usted en Londres, en la fácil seguridad de su terreno, diario y las pisadas detrás de usted, insistentemente, significan para usted un sentimiento de compañía humana.

¿Pero es que no puede usted sentir algo en esas pisadas, algo que suena con un redoble imponente? ¿Algo que le dice: Esté alerta, esté alerta, cuidado, cuidado? ¿No puede usted escuchar con toda claridad las sílabas a-si-na-to, a-se-si-na-to? No; no nota nada anormal en las pisadas. Le son indiferentes. El pie del villano se asienta con el mismo ruido apagado que el pie del hombre honrado. Pero es que esas pisadas, señor Whybrow, traen hacia usted un par de manos, y hay algo en esas manos. Detrás de usted, ese par de manos va poniendo los músculos en tensión para acabar con su existencia. Toda su vida ha visto usted manos humanas. ¿Ha descifrado alguna vez todo el monstruo horror de las manos... esos apéndices que son un símbolo de nuestros momentos de sinceridad, de afecto y de salud? ¿Ha pensado usted en la terrible potencia que encierra la cárcel de ese miembro de cinco tentáculos? No, nunca lo ha hecho; porque todas las manos humanas que usted ha visto han sido extendidas hacia usted en se-

ñal de generosidad, de camaradería. Sin embargo, aunque los ojos puedan odiar, y los labios puedan lastimar, sólo ese miembro colgante puede reunir la esencia reconcentrada del mal, y electrificarla en corrientes de destrucción. Satanás puede penetrar en el hombre por muchos medios, pero sólo en las manos puede encontrar los servicios fieles de su voluntad.

Otro minuto más señor Whybrow, y usted conocerá todo el horror de las manos humanas.

Ya casi va llegando a su casa. Ya ha dado vuelta la esquina y se encuentra en su calle —Gaspar Street—; se encuentra usted en el centro del tablero. Ya puede distinguir la ventana enfrente de su pequeña casa de cuatro habitaciones. La calle está oscura, y los tres focos dan una claridad tan tenue, que resulta más confusa que la completa obscuridad... Está oscura, vacía también. Nadie se ve por los alrededores; no hay luces en las habitaciones enfrente de las casas, porque las familias están en la cocina tomando el té; y sólo de vez en cuando se escapó un rayo de luz de los cuartos del segundo piso, ocupados por algunos huéspedes. No hay nadie en la calle, excepto usted y su perseguidor, y usted no parece no tarlo. Lo ve usted tan a menudo, que nunca, lo ve. Aunque se volviera usted y lo descubriera, usted le diría solamente: "Buenas noches", y seguiría caminando. La sugestión de que fuera un posible asesino ni siquiera haría que usted se sonriera. Le hubiera parecido demasiado tonto.

Ahora ya llegó usted a su puerta. Ahora ya tiene en la mano la llave de la cerradura. Y ahora ya está adentro, colgando su abrigo y su sombrero en el perchero. Su mujer acaba de saludarlo desde la cocina, cuyo aroma es como un eco de bienvenida —¡arenques—!, y usted ya ha contestado, cuando la puerta se estremece al impulso de un fuerte llamado.

Retírese, señor Whybrow. Retírese de la puerta. No la toque. Aléjese de ella. Salga de la casa. Corra con su mujer al jardín de atrás y salte la barda. O llame a los vecinos. Pero no toque esa puerta. No, señor Whybrow, no abra...

El señor Whybrow abrió la puerta.

Ese fué el principio de lo que se convirtió en "Los Horrores de Estrangulamiento" en Londres. Fueron llamados horrores porque eran algo más que asesinatos; eran cometidos sin motivos, y había un velo de negra magia que los rodeaba. Cada asesinato era cometido a una hora en la que la calle donde eran encontrados los cuerpos estaba vacía de cualquier asesino posible o perceptible. Era una callejuela desierta. Había un policía parado en el extremo. Daba la espalda por menos de un minuto a la callejuela vacía. Entonces se volvía y, de pronto, echaba a correr a través de la noche llevando la noticia de otro estrangulamiento. Y en cualquier dirección que se volviera a mirar no había nadie a la vista, y no había ningún reporte que dar sobre alguna persona que hubiera sido vista. O a veces estaba de guardia en una calle larga y silenciosa, y era llamado repentinamente a una casa donde acababan de asesinar a alguien a quien, unos segundos antes, había visto con vida. Y otra vez, en cualquier dirección que se volviera, no había nadie a la vista; y aunque los silbatos de los policías convocaran inmediatamente para formar un cordón en esa casa, no se encontraban rastros del asesino.

Las primeras noticias del asesino

nato del señor y la señora Whybrow fueron llevadas por el sargento de guardia. Había estado caminando por Gaspar Street, en dirección a la estación que tenía a su cargo, cuando notó que estaba abierta la puerta del número 98. Al echar un vistazo, contempló, a la luz de gas del pasillo un cuerpo inmóvil tirado en el suelo. Después de observar más detenidamente, tocó el silbato, y cuando los otros gendarmes le contestaron, llevó a uno consigo en su búsqueda por la casa, y mandó a otros a vigilar las calles vecinas y a hacer indagaciones en las casas circundantes. Pero ni en las casas ni en las calles se encontraron indicios del criminal. Los vecinos de al lado y los de enfrente fueron interrogados, pero ninguno había visto ni oído nada. Uno había oído al señor Whybrow llegar a su casa —el ruido de su llave al entrar en la cerradura era sonido de todas las noches, dijo, y podía uno poner su reloj guiándose por él, pues sabían que en ese momento serían las seis y media—, pero no había escuchado otra cosa que el ruido de la puerta que se abría, y después el silbato del sargento. No se había visto a nadie entrar o salir de la casa, por la puerta de enfrente ni por la de atrás, y el cuello de las víctimas no tenía huellas de dedos, de cualquiera otra traza. Un sobrino de ellos fue llamado para que viera si faltaba algo en la casa, pero nada faltaba; su tío no poseía nada que valiera la pena de robarse. El poco dinero que se guardaba en la casa estaba intacto, y no había señales de desorden, ni siquiera de lucha. No había señales de nada, excepto que se había cometido un asesinato brutal e injustificable.

En el concepto de los vecinos y de sus compañeros de trabajo, el señor Whybrow era un individuo pacífico, agradable y hogareño; de esa clase de hombres que nunca tienen enemigos. Pero, en realidad, los individuos asesinos casi nunca los tienen. Un enemigo encarnizado que odia a un hombre hasta el punto de quererlo molestar continuamente, casi nunca quiere asesinarlo; desde el momento que hace eso sería privarse del placer de volver a verlo sufrir. Así es que la policía se encontraba en una situación desesperada; no había ninguna pista dejada por el asesino, ni motivo que justificara el asesinato; sólo el hecho irrefutable de que había sido cometido.

Las primeras noticias que se publicaron sobre ese caso inundaron de temor a los habitantes de Londres en general, y causaron un choque eléctrico en todo el Mallond End. Habían sido asesinadas dos personas inofensivas, sin tener por motivo el lucro ni la venganza; y el asesino, para quien, aparentemente, el deseo de matar era un impulso fortuito, había desaparecido. No había dejado huellas, y, suponiendo que no tuviera compañeros, parecía que no había razón para que no continuara a salvo. Un hombre de mente despejada que trabaja solo, y que no tiene temor ni de Dios ni del prójimo, puede, si lo desea, dominar a una ciudad, hasta a una nación; pero el criminal común rara vez posee una mente despejada, y huye de la soledad. Necesita, si no el apoyo de los de su clase, cuando menos alguna persona a quien hablarle; su vanidad necesita la satisfacción de percibir claramente el efecto de su trabajo. A causa de esto se verá impulsado a frecuentar las cantinas, cafeterías y otros lugares públicos. Entonces, más pronto o más tarde, al calor de la camaradería, pronunciará la pala-

bra que debió callar; y el soplón que existe en todos los sitios tenderá ante sí una tarea muy fácil.

Pero, aunque todos los salones y lugares públicos eran cateados, y estaban plagados de escuchas, y por medio de rumores se hacía saber que se le aseguraba protección y recompensa a quien tuviera información que comunicara, no se encontraba nada que estuviera relacionado con el caso Whybrow. Claramente se veía que el asesino no tenía amigos ni cómplices. Hombres clasificados en ese tipo eran citados e interrogados, pero cada uno podía justificar sus hechos; y, pocos días después, la policía estaba en las mismas. Aun contra la burla constante del público de que los crímenes se cometían en sus propias narices, cesaron en sus actividades y cada miembro de la policía trabajaba en su tarea diaria bajo una tensión nerviosa. El quinto día se afirmó más ese estado de cosas.

Era la temporada de té y fiestas anuales para los niños de las Escuelas Dominicales, y en una noche de neblina, cuando Londres era un mundo de fantasmas apenas perceptibles, una pequeña niña, con el entusiasmo de su mejor vestidito y zapatos de fiesta, cara reluciente y pelo recién lavado, salió de Logan Passage con dirección a St. Michel's Parish Hall. Nunca llegó allá. En realidad, no murió hasta las seis y media, pero ya había muerto, como quien dice, desde que salió de la casa de su madre. Algo, con apariencia de hombre, que caminaba por la calle donde desemboca el Passage, la vio salir; y, desde ese momento, pudo considerarse muerta. En medio de la neblina brotaron las manos grandes y blancas de alguien, y se acercaron a ella, y antes de quince minutos ya la tenía en su poder.

A las seis y media un silbato dió el toque de alarma, y los que acudieron a la llamada encontraron el cadáver de la pequeña Nellie Vrinnoff en la entrada de un almacén de Minnow Street. El sargento fué el primero en llegar, y colocó a sus hombres en lugares estratégicos, dando órdenes aquí y allá, en el tono ahogado de la furia contenida, y regañando al oficial de guardia en ese lugar:

—Maeson, lo vi al final de la calle. ¿Qué hacía allí? Estuvo allí diez minutos sin dar la vuelta.

El oficial Maeson comenzó a dar una explicación sobre que estaba vigilando allí a un sujeto de aspecto sospechoso, pero el sargento lo interrumpió:

—Que parta un rayo a todos los sujetos sospechosos. Su deber no es buscar sospechosos. Su deber es buscar asesinos. Haciéndose el tonto... Y luego esto ocurre en el lugar donde usted debía de estar. Póngase a pensar en lo que dirá ahora.

Con la rapidez de las malas noticias llegó la turba de curiosos pálidos y excitados; y, al escuchar la historia de que el monstruo desconocido había aparecido otra vez, y esta vez la víctima había sido una criatura, sus caras moteaban la neblina con sus expresiones de odio y horror. Pero entonces llegaron la ambulancia y más noticias, y prontamente dispersaron la turba; y, al dispersarse, los oídos del sargento escuchaban los comentarios, y de todos lados llegaban murmullos velados de: "En sus propias narices".

Investigaciones posteriores trajeron por resultado que varias personas del distrito, todas por encima de cualquiera sospecha, habían pasado por ese sitio con un intervalo de segundos antes del crimen, y no había visto ni oído nada. Nadie había pasado junto a la niña viva, ni nadie la había descubierto muerta. Ninguno de

El mejor cuento policial jamás escrito.— Hace unos meses, un grupo de expertos en el género policial se reunió en Nueva York para definir, de una vez por todas, una pregunta muchas veces planteada: ¿cuáles son los mejores cuentos policiales de todos los tiempos? Asistieron James Hilton, Howard Haycraft, John Dickson Carr (que también escribe con el nombre de Carter Dickson), Anthony Boucher, Vincent Starret, Elery Queen, James Sandoe, August Derleth y Viola Brothers Shore, como autores o especialistas; Lee Wright, como representante de los editores; Lew Feldman, como vocero de los libreros, y un lector elegido al azar, Charles Honce. Se pidió a cada uno que preparara su propia lista de los doce mejores cuentos de la historia policial. Hubo votos para 88 cuentos distintos y la nómina elegida fué la siguiente:

En primer lugar, con 8 votos en un total posible de doce: "Las Manos del Sr. Ottermole", de Thomas Burke.

Con 6 votos, "La Carta Robada", de Poe; "La Liga de los Pelirrojos", de Conan Doyle, y "Los Chocolates Envenenados", de Anthony Berkeley.

Con 5 votos, "Mala Memoria", de Robert Barr, y "La Ceida número 13", de Jacques Futrelle.

Con 3 votos: "El Oráculo del Perro", de Chesterton; "La Viña de Naboth", de Melville Davisson Post; "La Sonrisa de la Gioconda", de Aldous Huxley; "Las Balas Amarillas", de H. C. Baily; "El Tabardo Genuino", de E. C. Bentley, y "Sospecha", de Dorothy L. Sayers (que no es la película del mismo nombre).

ellos había visto otra cosa o persona en la calle, exceptuándose a sí mismos. Otra vez la policía que dó sin saber el motivo y sin pista.

Y entonces el distrito, como ustedes recordarán, cayó en un estado, no de pánico, porque el público de Londres nunca lo experimenta, pero sí de intranquilidad y de desánimo. Si estas cosas sucedían en las calles de la vecindad, entonces cualquiera cosa podía ocurrir. Dondequiera que se reunía la gente —ya fuera en las calles, en los mercados, en las tiendas— hacia comentarios sobre ese tópico. Las mujeres se dedicaban a echar el cerrojo a puertas y ventanas en cuanto empezaba a oscurecer, y vigilaban, ansiosamente, el regreso de sus esposos, aunque parecían no hacerlo. Tenían a sus hijos siempre a la vista. Iban de compras antes de oscurecer. Debajo de la resignación semihumorística hacia el desastre, característica de los Cockneys, ocultaban un presentimiento constante. Por el capricho de un hombre con un par de manos, la estructura y los sentimientos de su vida diaria se veían conmovidos en sus cimientos, como siempre son conmovidos ante un hombre que desprecia a la humanidad y no teme a sus leyes. Comenzaron a comprender que las columnas que sostenían la pacífica sociedad en que vivían era sólo pajas que cualquiera podía doblar: esas leyes eran poderosas mientras eran obedecidas; la policía era potente sólo mientras era temida. Por medio de las fuerzas de sus manos, este hombre había sido la causa de que toda una comunidad hiciera algo nuevo, la había hecho pensar y, al final de eso, la había dejado temblando ante lo obvio.

Y entonces, mientras todavía temblaban bajo el efecto de sus dos primeros actos, cometió el tercero. Consciente del horror que sus manos habían creado, y sediento como el actor que ya ha probado la emoción de las multitudes, hizo nuevo acto de presencia; y en la mañana del miércoles, tres días después del asesinato de la niña, los periódicos llevaron a las mesas servidas para el desayuno en Inglaterra la noticia de una violencia aún más consternadora.

A las 9.32 de la noche del martes, un gendarme prestaba sus servicios en Jardín Road, y habló a esa hora con un oficial de nombre Peterson en la esquina de Clemming Street. Había visto a ese oficial caminar cuesta abajo

por esa calle. Podía jurar que la calle estaba vacía a esa hora, excepción hecha de un limpiabotas cojo, al que conocía de vista, el que pasó junto a él y penetró en la calle opuesta de aquella por donde iba el oficial. Tenía el hábito, como lo tenían todos, de mirar constantemente para todos los lados, en cualquier dirección en que caminara, y estaba seguro de que la calle estaba vacía. Pasó junto a su sargento a las 9.33, lo saludó, contestó a sus preguntas sobre si había visto algo. Respondió que nada, y continuó su camino. El espacio que le tocaba vigilar terminaba a poca distancia de Clemming Street, y habiendo llegado hasta el límite, dió la vuelta y regresó a las 9.34 a la parte alta de la calle. Apenas había llegado hasta allí, cuando escuchó la voz áspera del sargento.

—¡Gregory! ¿Está usted ahí? ¡Rápido! Aquí hay otro... ¡Dios mío, si es Peterson! Estrangulado. ¡Rápido, toque alarma!

Ese fué el tercero de los Terrores Estrangulamientos, de los cuales habría también un cuarto y un quinto; y los cinco horrores debían pasar a lo desconocido e indescifrable. Es decir, desconocido en lo que concierne a la autoridad y al público. La identidad del criminal era conocida, pero solamente por dos hombres. Uno era el asesino; el otro era un joven periodista.

Este joven, que buscaba información para su periódico, el "Daily Torch", no era más listo que los demás periodistas que pululaban por aquellas calles con la esperanza de descubrir algo importante. Pero era paciente, y estaba un poco más enterado del caso que sus colegas, y como resultado de reparar los hechos continuamente en su cerebro, se imaginó la figura del asesino como la de un genio maléfico, que hubiera salido de entre los muros en que había estado encerrado para cometer sus asesinatos.

Después de los primeros días, los demás se habían dado por vencidos en su intento de conseguir noticias exclusivas, porque no había de dónde sacarlas. Se reunían con regularidad en la jefatura de policía, y la poca información que había la compartían entre sí. Los oficiales eran complacientes con ellos, pero no más. El sargento discutía con ellos los detalles de cada crimen; sugería posibles explicaciones de los métodos usados por el criminal; desenterraba del pasado los casos que tuvieran alguna similitud con aquél; y, en

cuanto a la cuestión de los móviles, les recordaba al asesino sin motivo Neil Crean, y a John Williams, que asesinaba por gusto, e insinuaba que ya se estaba trabajando para acabar de aclarar ese caso; pero acerca de ese trabajo no podían sacarle una palabra. El inspector, también, era muy comunicativo respecto al crimen, pero cada vez que los reporteros dirigían la conversación hacia lo que se estaba haciendo en la actualidad para aclarar el misterio, desviaba la conversación. Fuera lo que fuese, la labor de investigación que se hacía era ocultada a los periodistas por los

oficiales.

Ese caso había perjudicado mucho la reputación de la policía, y sólo por una captura lograda por sus propios esfuerzos lograría recuperar su prestigio ante la opinión pública. Scotland Yard, por supuesto, trabajaba activamente, y estaba al corriente de todos los trabajos de la jefatura; pero en la jefatura tenían la secreta esperanza de ser ellos los que tuvieran el honor de descubrir el velo del misterio; y, por útil que fuera la cooperación de la prensa en otros casos, no querían exponerse a una derrota descubriendo prematuramente sus teorías y sus planes.

Así es que el sargento se mostraba comunicativo en otros aspectos y esbozaba una interesante teoría tras otra, las cuales ya habían sido imaginadas por los periodistas.

El joven pronto abandonó esa cátedra matutina sobre la filosofía del crimen, y se dedicó a vagar por las calles y a escribir flamantes historias sobre el efecto de los asesinatos en la vida normal de los habitantes del distrito. Las calles casi desiertas, el aspecto entristecido de las casas, las ventanas opacas, todo exhalaba la acre miseria que no evoca simpatía; la miseria del poeta fracasado. La miseria era la creación de los extranjeros, que vivían en esta forma porque no tenían hogar fijo, y tampoco se tomaba el trabajo de conseguir una casa en donde establecerse para no continuar vagando eternamente.

Había poco que escribir. Todo lo que él veía y oía eran caras indignadas y descabelladas conjeturas acerca de la identidad del asesino y del secreto de su truco de aparecer sin ser visto. A causa de que un policía también había sido víctima, cesaron hasta cierto punto sus recriminaciones contra ellos; y lo desconocido fué considerado entonces como si estuviera oculto tras un manto de leyenda. Los hombres observaban a sus semejantes, como si pensarán: "Puede que sea él. Puede que sea él".

Ya no buscaban a un hombre que tuviera el aspecto parecido al asesino de Madame Tussaud; buscaban a un hombre. O quizá a alguna mujer vieja, que hubiera cometido estos especiales asesinatos. Sus pensamientos se dirigían generalmente a los extranjeros. Tal rufianismo no podía existir entre súbditos ingleses, como tampoco aquella sorprendente astucia. Así es que dirigieron sus investigaciones hacia los gitanos rumanos y los turcos vendedores de alfombras. Allí, indudablemente, se encontraría lo que buscaban. Esa gente del Este seguramente conocía toda clase de trucos, y, además, no tenía ninguna religión real, nada que le impusiera limitaciones. Los marinos que regresaban de esas tierras habían contado historias de magos que se volvían invisibles; y había leyendas sobre drogas egipcias y árabes que eran usadas para fines extraños y malvados. Quizá fuera posible que hicieran

eso; uno no lo puede saber. Eran tan listos y astutos, sus movimientos eran tan ágiles; ningún inglés podía escurrirse como ellos lo hacían. Era casi seguro que el asesino resultaría ser uno de esos hombres —uno que poseyera algún poder extraño—, y precisamente porque creían que era un mago sentían que era inútil tratar de encontrarlo. Era poderoso podía tenerlos bajo su dominio y permanecer inmune. La superstición, que tan fácilmente rompe la frágil corteza del razonamiento, los había invadido. Podía hacer lo que quisiera; nunca sería descubierto. Establecidos estos dos puntos, caminaban por las calles con una actitud de fatalismo y resentimiento.

Hablaban de sus ideas al periodista a media voz, espiando a un lado y a otro, como si él pudiera escucharlos y los fuera a visitar después. Y, sin embargo, aunque todos los habitantes del distrito pensaban en él, y estaban dispuestos a echarle las garrras encima, había adquirido una influencia tan poderosa sobre ellos, que suponiendo que un hombre que fuera por las calles —digamos un hombre pequeño, de facciones y aspectos comunes— hubiera gritado: "¡Yo soy el monstruo!", ¿hubieran dejado desbordarse su furia contenida, y lo hubieran arrastrado para lincharlo? O, por el contrario, ¿no habrían visto algo sobrenatural en aquella cara y figura vulgares, algo sobrenatural en su calzado ordinario, algo sobrenatural en su sombrero, algo que lo marcaba como alguien a quien ni con sus mismas armas podían asustar ni herir? ¿Y no se hubieran apartados momentáneamente de aquel dominio, como el diablo se apartó de la cruz trazada por la espada de Fausto, y le hubieran dado, en esa forma, tiempo para escapar? No lo sé; pero era tan profunda la creencia en su invulnerabilidad, que se hubiera producido una vacilación inactiva si el citado caso se diera. Pero nunca sucedió. En la actualidad, ese sujeto común, ya saciada su sed de crímenes, todavía es visto y observado entre ellos como era visto y observado entonces; pero, a causa de que entonces nadie se imaginó, y en la actualidad aun no se imaginan, que era lo que era, lo observaban entonces y lo observan ahora como se observa un farol en la calle.

Casi fué justificada su creencia en su invulnerabilidad; porque cinco días después del asesinato del policía Peterson, cuando juntas la experiencia e inspiración de toda fuerza de detectives de Londres estaban dedicadas a su identificación y captura, cometió su cuarto y quinto crimen.

Aquella noche, a las nueve, el joven periodista, que merodeaba por allí todas las noches hasta que su periódico cerraba la edición, caminaba por Richards Lane; Richards Lane es una calle estrecha, en parte cubierta de tendajones y en parte residencial, que tiene a un lado pequeñas casas de trabajadores, y del otro lado el patio de almacenamiento de los ferrocarriles. La elevada pared proyectaba una cortina de sombras sobre la callejuela, y las sombras y el cadavérico contorno de los tendajones desiertos le daban un aspecto de una callejuela viviente que hubiera sido congelada en el instante preciso entre la vida y la muerte. Hasta las luces, que en otros sitios estaban nimbadas de dorado resplandor, aquí poseían la rigidez de las gemas. El periodista, sintiendo este mensaje de eternidad petrificada, se decía a sí mismo que ya estaba cansado de todo aquello, cuando en un instante la petrificación se interrumpió. En

el intervalo que hay de un paso y otro, la obscuridad fué rasgada por un grito, y dentro de él contenidas estas palabras:

—¡Socorro! ¡Aquí está él!

Antes que el joven pudiera pensar en hacer algún movimiento, la callejuela resucitó a la vida. Como si sus habitantes invisibles hubieran estado esperando ese grito, se abrieron las puertas de todas las casas, y de ellas y de las demás calles brotaron figuras borrosas inclinadas en forma de interrogación. Por un segundo se quedaron rígidas como los faroles; entonces el silbato de un policía las orientó, y la multitud de sombras subió por la calle. El periodista la siguió, y otros lo siguieron. Llegaron de la avenida cercana y de las calles vecinas; algunos fueron interrumpidos a la hora de la cena, otros salieron todavía en pantuflas y en mangas de camisa, algunos tambaleán dose sobre sus piernas entumecidas, y otros derechos, y armados con atizadores, o con las herramientas de su oficio. Aquí y allá, sobresaliendo entre las cabezas de la turba, se distinguían los cascos de los policías. Como una masa indistinta se abalanzaron hacia la puerta de una casa que estaba custodiada por el sargento y dos gendarmes; y se escucharon las voces de los que venían en la retaguardia apresurándose con sus voces:

—¡Entren! ¡Búsquenlo! ¡Miren por la parte de atrás! ¡Sobre la tapia!

Y los de enfrente gritaban: —¡Háganse para atrás! ¡Háganse para atrás!

Y entonces la furia de la muchedumbre, mantenida a raya por un peligro desconocido, se desencadenó. Allí estaba, en aquel sitio. Era seguro que esta vez no podría escapar. Todos los pensamientos se dirigieron al interior de la casa; todas las energías embestían contra las puertas, ventanas y techo; todas las mentes se ocupaban con el deseo de capturar a un desconocido, y de exterminarlo. Así es que nadie veía a los demás. Nadie veía la angosta y apretujada callejuela, y la multitud de sombras forcejeantes, y a todos se les olvidó buscar entre ellos al monstruo que nunca se retrasaba junto a su víctima. Todos olvidaron, indudablemente, que ellos, a causa de su procesión en masa sedienta de venganza, le proporcionaban el escondite. Sólo vieron la casa, y sólo overon el astillamiento de la madera, y el estrépito de los cristales por detrás y por enfrente, y a la policía dando órdenes o gritando en la excitación de la carrera; y siguieron empujando.

Pero no encontraron al asesino. Todo lo que obtuvieron fueron las noticias de otro asesinato y una visión fugaz de la ambulancia; y para ser objeto de su furia, no quedó nadie aparte de los miembros de la policía, que luchaban contra este estorbo en su trabajo.

El periodista logró abrirse paso hasta la puerta y escuchar la historia del gendarme de guardia allí. La casa era el hogar de un marinero pensionado, de su mujer y de su hija. Estaban cenando y, al principio, parecía que algún escape de gas venenoso los había privado de la vida en pleno movimiento. La hija yacía muerta sobre el tapete, junto a la chimenea, con un pedazo de pan untado de mantequilla en la mano. El padre había caído de costado desde la silla, dejando sobre su plato una cuchara llena de arroz con leche. La madre estaba tirada con medio cuerpo debajo de la mesa; en el regazo tenía los pedazos de una taza rota, y estaba salpicada de gotas de chocolate. Pero en tres segundos fué

descartada la idea del gas. Un vistazo a sus cuellos demostró que era obra otra vez del estrangulador; y la policía registraba el cuarto no sabiendo qué hacer, y compartiendo por el momento el fatalismo del público. No había nada que hacer.

Esa fué su cuarta visita, sumando siete asesinatos en total. Debía cometer, como ustedes ya saben, otro más... y debía cometerlo esa misma noche; y después pasaría a la historia como el Misterioso Horror de Londres, y regresaría a la vida honesta que siempre había llevado, apenas recordando lo que había hecho y sin preocuparse por su recuerdo. ¿Por qué no siguió? Es imposible decirlo. ¿Por qué comenzó? También es imposible saberlo. Simplemente sucedió de esa manera; y, si acaso llega él a pensar sobre esos días y esas noches, deduzco que pensará en ellos como en esos pecadillos sin importancia que todos cometemos en nuestra niñez. Opinamos que en realidad no fueron pecados, porque entonces no éramos aún conscientes; no sabíamos distinguir; miramos hacia el pasado de esa pequeña y tonta criatura que fuimos, y la perdonamos porque nada sabía... Así creo que sucedió con este hombre.

Hay muchos como él. Eugene Aram, después del asesinato de Daniel Clarke, vivió pacífica y cómodamente durante catorce años, sin arrepentimiento de su crimen y sin sentirse rebajado en la estimación de sí mismo. El doctor Crippen asesinó a su esposa, y después vivió agradablemente con su amante en la casa bajo cuyo suelo la había enterrado. Constance Kent, declarada inocente de la muerte de su hermano menor, vivió pacíficamente durante cinco años, hasta que confesó. George Joseph Smith y William Palmer vivieron sociablemente entre sus conocidos, sin ser molestados por el miedo o el remordimiento de los que habían envenenado y ahogado. Charles Pease, cuando escribió su infortunada disertación, se había transformado en un ciudadano respetable y aficionado a las antigüedades. Y sucedió que, después de algún tiempo, esos hombres fueron descubiertos, pero puedo asegurar que mayor número de asesinos de los que imaginamos viven respetablemente en la actualidad, y morirán en la misma forma, desconocidos e insospechados. Como sucederá con este hombre.

Pero apenas logró escapar, y quizá fué esto lo que lo hizo detenerse. Su escapatoria se debió a un error de cálculo de parte del periodista.

Tan pronto como éste tuvo la historia del crimen, lo que le llevó algún tiempo, pasó quince minutos en el teléfono, mandando la relación; y después de ese tiempo, cuando ya no tenía el estímulo del caso, se sintió físicamente agotado y mentalmente desanimado. Aun no podía irse a su casa; el periódico seguiría trabajando durante otra hora; así es que entró en un bar a tomar una bebida y unos sandwiches.

Fuó entonces, una vez que había alejado todo el asunto de su mente, y mientras observaba a su alrededor, en el bar, admirando el buen gusto del propietario para usar cadenas de reloj, y pensando en que un propietario de un establecimiento como aquel llevaba una vida más envidiable que la de un reportero, cuando su mente recibió de un lugar desconocido un destello de luz. No estaba pensando en Los Horribles Estrangulamientos; su mente estaba deleitándose con el sandwich. Tomando en cuenta de que era un sandwich de un establecimiento

público, resultaba una curiosidad. El pan había sido cortado en rebanadas, tenía mantequilla untada, y el jamón no tenía más de dos meses; era jamón como debe ser. Su pensamiento se dirigió entonces hacia el inventor de esa forma de alimento, el Conde de Sandwich y después hacia Jorge IV, y después a todos los Jorges y hacia la leyenda de ese Jorge que estaba muy preocupado por averiguar cómo se habían ensartado las manzanas en su rabito. Pensó que quizá también Jorge estuviera intrigado por saber cómo había ido a parar el jamón al sandwich de jamón, y en todo el tiempo que pasaría antes de que se diera cuenta de que el jamón no había ido a dar allí por sí solo, sino que alguien lo había puesto dentro del sandwich, y en ese momento un resquicio activo de su mente arregló el asunto. Si había jamón en su sandwich debía de ser porque alguien lo había puesto allí. Si siete personas habían sido asesinadas, alguien debió estar allí para asesinarlas. No había auto ni avión que se pudiera guardar en el bolsillo de un hombre; en consecuencia, alguien debió escapar corriendo o quedándose parado; y otra vez, en consecuencia...

Contemplaba en su imaginación los encabezamientos y la crónica que saldrían en su periódico de ser correcta su teoría, y si —cuestión de conjetura— su editor tendría el suficiente valor para dar un golpe atrevido, cuando se escuchó el grito de:

—¡Ya es hora, caballeros! ¡Por favor, abandonen el salón!

Aquello le recordó la hora. Se levantó y salió hacia el mundo de niebla, roto de vez en cuando por los discos rasgados de charcos en la calle y las luces fugaces de los faros de los camiones. Estaba seguro de que ya tenía la historia; pero, aunque pudiera ser probada, dudaba si la política que desempeñaba su periódico permitiría imprimirla. Tenía una gran falta. Era verdad, pero era una verdad increíble. Derrumbaba las bases de todo lo que creían los lectores de los periódicos, y lo que los editores les hacía creer. Podrían creer que los turcos vendedores de alfombras tuvieran el don de hacerse invisibles. Pero esto no lo creerían.

Tal como sucedió, no se les pidió que lo creyeran, porque la historia nunca fué escrita. Como su periódico ya había dejado de funcionar por aquel día, y como ya se había recuperado por medio del refrigerio, y su teoría lo había estimulado, pensó que sería bueno emplear otra media hora en probar esa teoría. Así es que empezó a buscar al hombre de pelo blanco y enormes manos blancas; en otras palabras, una figura común y corriente, en la que nadie se fijaría. Quería soltarle su teoría a ese hombre, sin previa advertencia, y se iba a colocar a sí mismo dentro del alcance de un hombre armado con las leyendas de terribles poderes. Esto podía parecer un acto de valor supremo; que un hombre, sin esperanza de socorro inmediato del exterior, se pusiera a merced de alguien que tenía a todo un distrito bajo el dominio del terror. Pero no era así. No pensó en ese riesgo. No pensó en su deber hacia sus patrones, ni en su lealtad hacia su periódico. Solo se sentía impulsado por el instinto de seguir una historia hasta el final.

Salió lentamente de la taberna y cruzó hacia Fingal Street, dirigiéndose hacia Doever Market, en donde esperaba encontrar a su hombre. Pero su viaje se vio abreviado. En la esquina de Lotus

Street lo vio —o a un hombre que se parecía a él—. Esta calle estaba escasamente alumbrada, y no podía ver bien al sujeto; pero podía ver unas manos blancas. Durante unos veinte pasos lo siguió de lejos; entonces se emparejó con él; y en un punto en el que un puente de ferrocarril cruza la calle, se dió cuenta de que aquél era su hombre. Se acercó a él con la frase común usada entonces para entablar conversación.

—Y bien. ¿No ha visto usted al asesino?

El hombre se detuvo para mirarlo fijamente; entonces, convencido de que el periodista no era el asesino, dijo:

—¿Eh? No, ni creo que nadie lo vea —murmuró—. Dudo que lo lleguen a ver.

—No sé. He estado pensando sobre ello, y se me ha ocurrido una idea.

—¿Conque sí?

—Sí. Se me ocurrió de repente. Hace un cuarto de hora. Y sentí que todos habíamos estado ciegos. Ha estado frente a nosotros.

El hombre se volvió a observar, y la mirada y el movimiento que hizo demostraban que tenía sospechas de aquel sujeto que parecía saber tanto.

—¡Ah! ¿Lo cree usted? Bueno, si está tan seguro, ¿por qué no nos beneficia con su idea?

—Voy a hacerlo.

Caminaban uno junto al otro, y casi estaban en el extremo de la pequeña calle donde se cruza con Doever Market, cuando el periodista se volvió distraídamente hacia el hombre. Le tocó el brazo con un dedo.

—Sí, ahora me parece muy sencillo. Pero aun hay un punto que no entiendo. Una pequeñez que me gustaría aclarar, quiero decir, el motivo. Y bien, de hombre a hombre, dígame, sargento Ottermole, sencillamente, ¿por qué mató usted a todas esas personas inofensivas?

El sargento se detuvo y el periodista también. Había suficiente luz en el cielo, de modo que, reflejándose en las calles de Londres, le permitía ver la cara del sargento; y la cara del sargento estaba vuelta hacia él, con una amplia sonrisa tan refinada y fascinadora que la mirada del reportero se congeló en sus ojos al contemplarlo. La sonrisa permaneció en el semblante por algunos segundos. Entonces dijo el sargento:

—Bueno, a decir verdad, señor reportero, no lo sé. En realidad no lo sé. Ciertamente hasta yo he estado preocupado por eso. Pero he tenido una idea como usted la tuvo. Todos saben que no se pueden controlar las evoluciones de nuestra mente. ¿Está usted de acuerdo? Las ideas penetran en nuestra mente sin pedir permiso. Pero se supone que todos pueden controlar su cuerpo. ¿Por qué? ¿Eh? Nuestra mente sepa Dios de dónde procede... de personas que murieron cientos de años antes de que nosotros nacieramos. ¿No tendrán nuestros cuerpos la misma procedencia? Nuestras caras, nuestros brazos, nuestras piernas, no son completamente nuestros. No los hacemos nosotros. Ellos vienen a nosotros. ¿Y no podrían las ideas llegar a nuestra mente? ¿Eh? ¿No pueden existir las ideas en los nervios y en los músculos igual que en el cerebro? ¿No podrá ser que esas partes de nuestro cuerpo no nos pertenezcan en realidad, y no podrán las ideas penetrar en esas partes repentinamente, como las ideas penetran... —extendió los brazos, mostrando sus enormes manos enguantadas de blanco, y sus muñecas velludas; las lanzó con tal rapidez hacia la garganta del periodista, que éste nunca las llegó a ver— en mis manos?

EL TICO Y SU TIERRA

Por William Vogt

DEBEMOS USAR LOS POTREROS, NO DESTRUIRLOS



CUANDO se destruye la vegetación del potrero y se abren surcos en la tierra es muy fácil entonces que empiece la erosión.

Las lluvias lavan el suelo y empiezan entonces a llevarse la tierra que está debajo de las plantas que quedan. Pronto aparecen pequeñas torrenteras que se agrandan cada vez más y pueden llevarse hasta laderas enteras. En muchas partes de Costa Rica por ejemplo, no es raro hallar cercas encaramadas en el aire. El suelo de los campos que protegían se fué, se lo llevaron las lluvias. Por supuesto, es cuestión de esperar un tiempo más para que el suelo debajo de las cercas sea también destruido.

Ningún costarricense podría hacer ahora muchos de los viajes que hicieron los primeros misioneros que iban a lomo de mula por los viejos caminos de herradura del tiempo de la colonia. Esos caminos han desaparecido por completo y el lugar por donde el fraile pasaba se encuentra ahora a cuatro o diez metros en el aire. Todo el suelo debajo del camino viejo ha sido lavado.

Y la causa principal de toda esa destrucción ha sido el pastoreo excesivo, es decir, la destrucción sistemática de los potreros al exceder la capacidad de mantenimiento.

Además de la erosión, el sobre-pastoreo trae otras consecuencias. Donde hay demasiadas cabezas de ganado, los pastos de rico valor nutritivo serán de seguro sustituidos por las malas hierbas, que con frecuencia tienen poco valor alimenticio. Muchos son venenosas y matan al ganado. Donde hay una espesa capa de pasto esas hierbas se ahogan, porque el pasto se protege a sí mismo. La presencia de esas malas hierbas en un potrero puede ser uno de los anuncios de peligro que le estén diciendo al dueño: ¡Demasiado ganado! ¡Demasiados caballos!

Otra consecuencia del pastoreo excesivo es el aumento de roedores, que se alimentan de las mismas plantas que el ganado. Cuando los roedores se encuentran en un terreno en gran cantidad, hacen la competencia al ganado. La ración diaria de un ratón de campo no tiene importancia, pero quinientos ratones le robarán a su ganado una buena cantidad de alimento.

Cuando el zacate de sus potreros está en buenas condiciones, con seguridad que ustedes tendrán menos plagas que alimentar.

Parece que el pastoreo excesivo aumenta el número de langostas. En muchas partes del mundo las langostas causan un daño inmenso a la agricultura. En Costa Rica han destruido potreros y cosechas enteras.

Hace pocos años que alguien hizo un experimento muy interesante. Es una finca que se hallaba bajo el pastoreo excesivo se cercó una parcela de modo que el ganado no pudiera entrar a ese lugar, en donde por supuesto el pasto pudo crecer alto y en abundancia. Produjo una buena cosecha y después durante el verano sobrevino una gran plaga de langostas. Cayeron sobre la parte donde había pastado el ganado en exceso, al-

rededor de la parcela cercada, y destruyeron más pasto todavía. Pero cosa extraña, muy pocas langostas penetraron al interior de la parcela, y así es que al otro lado de la cerca hubo muy pocos daños. Es muy posible que las inmensas plagas de langostas que son los enemigos del campesino en tantas partes del mundo vengan por la destrucción de los potreros.

Debemos USAR los potreros, no destruirlos. Si los potreros se tratan bien, son una de las más valiosas riquezas que tiene el campesino costarricense.

¿Qué puede hacerse para protegerlos? Para que sigan siendo fuente de producción? Para que sigan transformando la materia bruta que crece sobre la tierra en carne para comer y leche para beber?

Deben ustedes cuidarlos, como cuidan sus gallinas; deben permitirles que den semillas, así como permiten que las gallinas pongan huevos.

Observen los potreros cuidadosamente. Con sólo mirarlos se puede decir si se están usando más allá de su capacidad de mantenimiento. ¿Producen semillas? ¿Están siendo cortados hasta sus raíces por las yeguas y los bueyes? ¿Se los están comiendo los animales al extremo de que el suelo empiece a verse y a deslavarse? Si es así ¡atención! ¡Hay peligro a la vista!

Si los potreros están en malas condiciones, sólo hay un remedio: **hacer pastar a menos animales en ellos.**

Puede que eso sea difícil de hacer, porque no haya otro lugar en donde poner a los animales. Entonces, véndalos. No hay otra solución. Si ustedes tienen más animales en sus potreros de los que pueden mantener, lo que harán será destruir esos potreros. Y los destruirán más rápidamente si están en las laderas que si están en los llanos.

Y cuando el pasto haya desaparecido, los animales no tendrán nada que comer.

¡No es mejor mantener pocos animales ahora, que ninguno de aquí a diez años?

Es muy importante! Recuerden lo una vez más: En materia de tierra ningún costarricense puede estar aislado; la tierra es indispensable a la nación; sin la tierra la nación no puede vivir.

Aunque otra persona haya comprado y pagado la tierra, no tiene el derecho de destruirla. Cuando un agricultor destruye un campo y pierde los pastos y la parte buena del suelo, perjudica a toda la nación costarricense.

Cada costarricense que lea este libro es parte de la nación. Y cada costarricense tiene el derecho, y la obligación, de protestar; por que sólo mediante una acción conjunta será posible ganar la batalla en defensa de la tierra de Costa Rica.



HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO

Por Rafael Obregón Loria

VERIFICADAS las elecciones presidenciales para el período de 1914-1918 ninguno de los tres candidatos obtuvo la mayoría necesaria. Correspondía, pues, al Congreso escoger a la persona que iba a gobernar al país.

El 1º de mayo de 1914, en una larga y borrascosa sesión, el Congreso Constitucional nombró como Designados a la Presidencia de la República, a los siguientes ciudadanos: licenciado Alfredo González Flores, Primer Designado; don Domingo González Pérez, Segundo Designado; y licenciado Francisco Aguilar Barquero, Tercer Designado.

El Congreso llama al Primer Designado a ejercer el Poder

Acto continuo el Congreso emitió el siguiente Decreto:

"Por cuanto los candidatos a Presidente de la República licenciado don Máximo Fernández Alvarado y doctor don Carlos Durán Cartin, los dos que obtuvieron mayor número de sufragios en las votaciones populares verificadas el siete de diciembre último, han renunciado el derecho de ser elegidos.

"En conformidad con lo preceptuado por los artículos 73, incisos 2 y 3, 97, 98 y 100 de la Constitución Política,

"Decreta:

Que se le llame a ejercer el Poder Ejecutivo como Presidente Constitucional de la República, por todo el próximo período legal de cuatro años, al Primer Designado licenciado don Alfredo González Flores, quien tomará posesión de su destino, ante este Congreso, a las doce meridiano del ocho de mayo en curso".

Firmaron el anterior Decreto el licenciado Leonidas Pacheco, diputado Presidente; el licenciado Adán Acosta, diputado Primer Secretario; y el licenciado León Cortés, diputado Segundo Secretario.

El 4 de mayo siguiente lo firmaron el licenciado Ricardo Jiménez, Presidente de la República, y el licenciado Carlos María Jiménez, Secretario de Gobernación.

Bueno es recordar que, desde el 28 de abril anterior, el Presidente Jiménez Oreamuno había entregado los cuarteles al licenciado González Flores y al señor Federico Tinoco Granados, autor éste de la combinación que llevó a don Alfredo al Poder.

Secretarles de Estado en la administración González Flores.

Licenciado Manuel Castro Quesada: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, hasta el 1º de julio de 1915 en que fué nombrado Ministro en Washington.

Licenciado Juan Rafael Arias Bonilla: Gobernación y Policía, del 9 de julio al 13 de setiembre de 1915, y del 6 de diciembre de 1915 al 28 de enero de 1916, tuvo como recargo la Cartera de Instrucción Pública. Del 11 de marzo al 12 de julio de 1916 estuvo con licencia y sirvió una misión diplomática en Sur América.

Don Mariano Guardia Carazo: Hacienda y Comercio. Del 24 de mayo al 2 de setiembre de 1915 estuvo con licencia y representó a Costa Rica en una conferencia Financiera en Washington. Del 6 de diciembre de 1915 al 30 de mayo de 1916 tuvo como recargo las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, por estar el titular señor Acosta en misión diplomática en Centro América.

Licenciado Alberto Echandi Montero: Fomento, hasta el 28 de junio de 1915 en que renunció.

Don Federico Tinoco Granados: Guerra y Marina. Del 1º de julio al 20 de julio de 1915 tuvo como recargo las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, mientras venía el titular don Julio Acosta a hacerse cargo de ellas.

Don Julio Acosta García: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, desde el 1º de julio de 1915. Del 6 de diciembre de 1915 al 30 de mayo de 1916 estuvo con licencia y desempeñó una misión diplomática en Centro América.

Licenciado Enrique Pinto Fernández: Fomento, desde el 1º de julio de 1915.

Licenciado Claudio González Rucavado: Gobernación y Policía, del 11 de marzo al 12 de julio de 1916, sustituyendo temporalmente al titular licenciado Arias.

Sub Secretarles de Estado en esta administración

Profesor Luis Felipe González Flores: Instrucción Pública. En 2 ocasiones se separó interinamente del Despacho y lo sustituyó el licenciado Juan Rafael Arias.

Don Rogelio Fernández Güell: Gobernación y Policía. El primero de junio de 1914 se le trasladó a la Sub Secretaría de Fomento. El 9 de diciembre siguiente se le volvió a trasladar a la Sub Secretaría de Gobernación y Policía, y se le recargó la Dirección Gral. de Correos. El 31 de agosto de 1915 renunció sus cargos.

Licenciado Ricardo Coto Fernández: Guerra y Marina, hasta el 6 de julio de 1915 en que renunció.

Licenciado Fernando Jiménez Rucavado: Gobernación y Policía, nombrado el 30 de mayo de 1914. El 9 de diciembre siguiente se le trasladó a la Sub Secretaría de Fomento.

Licenciado Jorge Guardia Carazo: Hacienda y Policía, desde el 2 de junio de 1914. Del 7 de mayo al 2 de setiembre de 1915 se hizo cargo de las Carteras por ausencia del titular don Mariano Guardia.

Licenciado ALFREDO GONZALEZ FLORES



En calidad de Primer Designado ejerció el Poder con el título de Presidente, del 8 de mayo de 1914 al 27 de enero de 1917, en que fué derrocado.

PADRES: Domingo González Pérez y Elemberta Flores Zamora. NACIO en Heredia el 15 de julio de 1877.

CASO con Delia Morales Gutiérrez.

Se graduó de abogado el 19 de diciembre de 1902. Comenzó a intervenir en la política en tiempos de don Rafael Iglesias, de quien fué opositor.

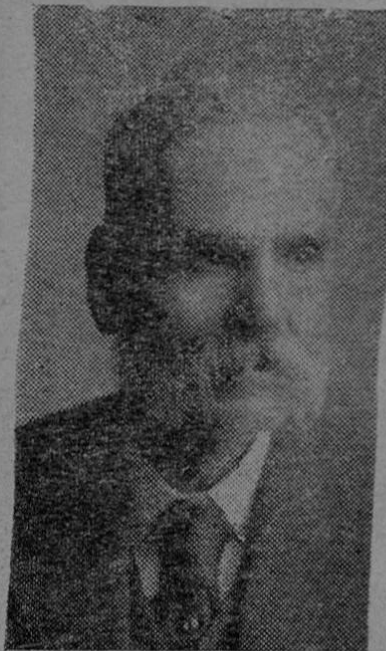
En 1905 combatió la candidatura del licenciado Cleto González Víquez. En 1909, partidario del licenciado Ricardo Jiménez, salió electo diputado al Congreso.

El 1º de mayo de 1914 el Congreso lo llamó al ejercicio del Poder por cuanto en las elecciones presidenciales ninguno de los candidatos obtuvo mayoría absoluta. Esta circunstancia, desde luego, le valió a su gobierno fuerte oposición, aumentada con los tiempos difíciles de la primera guerra mundial y con una crisis económica. Durante su administración fundó el Banco Internacional (hoy Nacional) de Costa Rica y la Escuela Normal de Heredia, y emitió leyes económicas importantes.

Fué derrocado el 27 de enero de 1917 por su Ministro de Guerra, don Federico Tinoco. Entonces se trasladó a los Estados Unidos a trabajar por el no reconocimiento del nuevo gobierno, lo que consiguió. Regresó a su patria en 1919, y desde esa época puede decirse que ha estado retirado de las actividades políticas, dedicándose a sus intereses particulares. En el país se considera al licenciado González Flores como una de las más destacadas figuras en el campo de las finanzas.

VIVE en Heredia.

Don DOMINGO GONZALEZ PEREZ



Segundo Designado a la Presidencia de la República en el gobierno del licenciado Alfredo González Flores.

PADRES: Lorenzo González y Baltasara Pérez Zamora. NACIO en Heredia el 3 de agosto de 1842.

CASO con Elemberta Flores Zamora.

Se dedicó especialmente a la agricultura. Por largos años trabajó como empleado de confianza en la casa comercial de don Braulio Morales, de quien fué apoderado generalísimo. Miembro de la Municipalidad de Heredia. Miembro del Consejo Superior del Liceo de Heredia. Agente de la Sucursal del Banco de Costa Rica en esa misma ciudad. Miembro de la Junta Directiva del Banco Internacional. Segundo Designado a la Presidencia de la República.

MURIO en Heredia el 27 de febrero de 1927.

Licenciado FRANCISCO AGUILAR BARQUERO



(Sus datos personales serán dados más adelante)

Tercer Designado a la Presidencia de la República en el gobierno del Licenciado Alfredo González Flores.

Licenciado MANUEL CASTRO QUESADA



(Su datos personales ya fueron consignados).

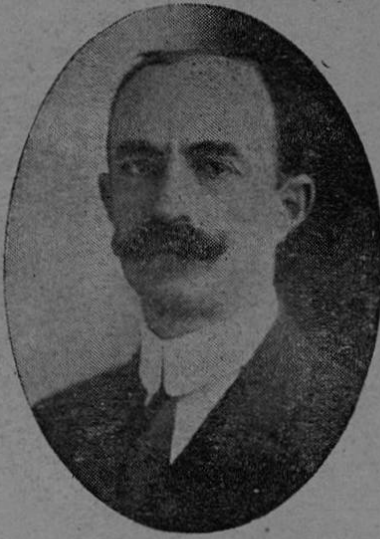
Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, hasta el 1º de julio de 1915, en que renunció.

Licenciado JUAN RAFAEL ARIAS BONILLA



MUTIVO EN COSTA RICA (25)

Licenciado **ALBERTO ECHANDI MONTERO**



(Sus datos personales ya fueron consignados.)
 Secretario de Estado en la Cartera de Fomento en el gobierno del licenciado Alfredo González Flores, hasta el 28 de junio de 1915 en que renunció.

Don **FEDERICO TINOCO GRANADOS**



(Sus datos personales serán consignados más adelante)
 Secretario de Estado en las Carteras de Guerra y Marina en el gobierno del licenciado Alfredo González Flores.

Don **JULIO ACOSTA GARCIA**



(Sus datos personales serán consignados más adelante)
 Secretario de Estado en las Carteras de Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto, desde el 1º de julio de 1915.

Licenciado **ENRIQUE PINTO FERNANDEZ**



Secretario de Estado en la Cartera de Fomento en el gobierno del licenciado González Flores, desde el 1º de julio de 1915.

PADRES: José Pinto Castro y Domitilda Fernández Fernández.

NACIO en Grecia, Alajuela, el 24 de diciembre de 1876

CASO con Graciela González Ulloa.

Además de abogado era ingeniero. Fué Presidente de la Municipalidad de San José, y diputado y Vice Presidente del Congreso. Se dedicó principalmente a la agricultura, formando importantes fincas de café, azúcar y ganado.

MURIO en San José.

Licenciado **CLAUDIO GONZALEZ RUCAVADO**



Secretario de Estado en las Carteras de Gobernación y Policía, del 11 de marzo al 12 de julio de 1916.

PADRES: Alejandro González Ramírez y Catalina Rucavado Bonilla.

NACIO en San José el 13 de setiembre de 1878.

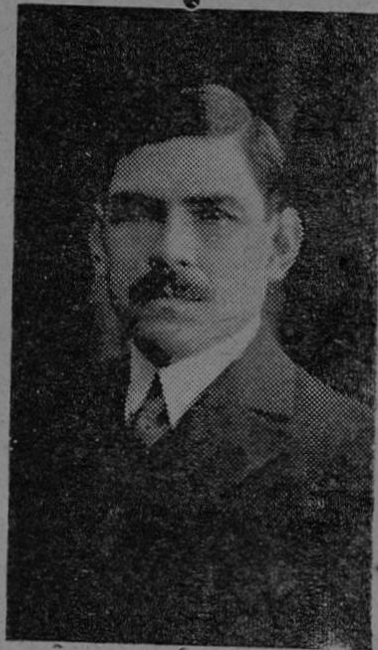
CASO el 24 de setiembre de 1904 con Lupita Luján Mata.

Diputado al Congreso Constitucional. Presidente Municipal de San José. Profesor de la Escuela de Derecho. En el gobierno de don Julio Acosta Garcia desempeñó nuevamente las Carteras de Gobernación y Policía. Fué uno de los más distinguidos e íntegros abogados del país. Autor de varias obras que revelan su talento y

permiten clasificarlo como uno de los más castizos escritores nacionales.

MURIO en San José el 14 de Setiembre de 1928.

Profesor **LUIS FELIPE GONZALEZ FLORES**



Sub Secretario de Estado encargado de la Cartera de Instrucción Pública en el gobierno del licenciado Alfredo González Flores.

PADRES: Domingo González Pérez y Elemberta Flores Zamora.

NACIO en Heredia el 4 de julio de 1882.

CASO con Duvelia Zanetti.

Fundador y Profesor de la Escuela Normal de Heredia. Profesor de la Facultad de Pedagogía. Fundador y Presidente del Patronato Nacional de la Infancia. Diputado a la Asamblea Constituyente de 1949. Ha asistido a varios Congresos de ciencias de educación en distintos países, y es autor de obras históricas, educacionales, sociales, etc.

VIVE en Heredia.

Don **ROGELIO FERNANDEZ GUELL**



Sub Secretario de Estado en el gobierno del licenciado Alfredo González Flores.

PADRES: general Federico Fernández Oreamuno y Carmen Guell
 NACIO el 4 de mayo de 1883.

CASO con Carmen Serratacá

Radicó en España y en México, y en este último país ocupó el cargo de Director de la Biblioteca Nacional.

Escritor y poeta distinguido. Periodista, Diputado, Director General de Correos, Sub Secretario de Estado. Secretario de la misión diplomática que visitó Sur América en 1916.

Habiéndose levantado en armas contra el gobierno de Tinoco, fué asesinado junto con sus compañeros en Buenos Aires, Osa, el 15 de marzo de 1918.

Licenciado **RICARDO COTO FERNANDEZ**

(No tenemos ni datos ni fotografía)

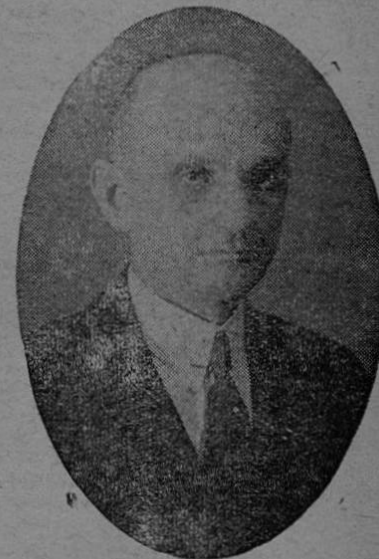
Sub Secretario de Estado en las Carteras de Guerra y Marina en el gobierno del licenciado Alfredo González Flores, hasta el 6 de julio de 1915 en que renunció.

Licenciado **FERNANDO JIMENEZ RUCAVADO**

(No tenemos ni datos ni fotografía)

Sub Secretario de Estado en el gobierno del licenciado Alfredo González Flores.

Licenciado **JORGE GUARDIA CARAZO**



Sub Secretario de Estado en las Carteras de Hacienda y Comercio en el gobierno del licenciado Alfredo González Flores.

PADRES Miguel Guardia Gutiérrez y Amalia Carazo Peralta.

NACIO en San José el 5 de noviembre de 1883.

CASO con Dora Hine.

Se graduó de abogado el 4 de febrero de 1907. Secretario de la Corte Suprema de Justicia. Abogado del Banco Internacional de Costa Rica. Presidente Municipal de San José. Sub Secretario de Estado, encargado accidentalmente del Despacho, por ausencia del titular. Desde 1920 es Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, siendo en la actualidad Presidente de ese alto Tribunal.

VIVE en San José.



Nuevo Concepto sobre los "Barbados" vikingos

Por MARCEL VANHAMME



ADA atrae tanto la imaginación de los niños franceses y belgas como las invasiones normandas. Hay que confesar que los autores de los manuales de historia también se complacen mucho en hacer resaltar el terror suscitado en Occidente —desde el fin del reino de Carlomagno— por esos terribles "hombres del Norte", a los cuales describen como sedientos de sangre, oro y pillaje; feroces y brutales salteadores del mar que se encarnizan en la persecución de sus víctimas y del botín. El cuadro, destinado a despertar las imaginaciones infantiles, se termina casi siempre con la súplica: "Del terror de los normandos, libranos Señor".

Los vikingos, o "hijos de los acantilados", sembraron indudablemente el pánico entre una población aterrada, confundida y desgarrada por la desaparición del gran Emperador de Occidente. La imagen proporcionada en los manuales de historia es no sólo injusta sino también incompleta. Las características geográficas y climatológicas del país del norte explican la piratería marítima de los vikingos, en la perspectiva de las costumbres generales de la época. Pero esos rudos aventureros del océano venían —tal vez por necesidad vital— de países donde la civilización estaba lejos de ser una palabra sin sentido. Las tradiciones poéticas e históricas de los escandinavos, recogidas por los escaldos del siglo XI al XIII, muestran suficientemente que esos hombres no estaban desprovistos, sin embargo, de sensibilidad.

A fin de presentar de una manera más exacta y conveniente la fisonomía de Noruega, se reunió en Oslo en 1952 un comité noruego-belga de profesores de Historia, quienes redactaron una serie de recomendaciones para los autores y editores de libros escolares, con el fin de que los acontecimientos históricos comunes a los dos países sean presentados más objetivamente. Esos profesores habían participado en los seminarios de Bruselas (1950), y Sevres (1951), organizados por la Unesco y conocían en consecuencia la acción ejercida por la organización para estimular y coordinar los esfuerzos de los Estados Miembros con vistas a mejorar los manuales escolares mediante acuerdos internacionales sin carácter oficial.

Estas tentativas culturales no eran completamente nuevas. Los resultados obtenidos por los países nórdicos agrupados en una asociación denominada "Norden Association" había fomentado los intentos de revisión de las obras clásicas por medio de consultas recíprocas. En el marco de los acuerdos culturales noruego-belgas, se ha celebrado en Bruselas una Exposición con todo lo que Noruega posee de más característico, tanto desde el punto de vista del arte antiguo y medioeval como del arte popular. Así, los belgas han podido admirar mil años de arte belgas han podido admirar —hasta el día 28 de febrero último en que se clausuró la Exposición— mil años de arte vikingo, en el Palacio de Bellas Artes de Bruselas. Gracias a esta elevada manifestación cultural, el gran público y legiones de niños

de las escuelas, acompañados de sus profesores, han recibido una enseñanza concreta y corregido las inexactitudes de su imaginación, tal vez demasiado receptiva, al aspecto únicamente pintoresco de ciertos textos impresos de historia.

La calidad de los objetos expuestos puso en evidencia, a los ojos de los espectadores, la oposición que existe entre muchos manuales y la realidad histórica. Los estudiantes se asombraron ante los tesoros descubiertos en el famoso túmulo de Oseberg, al sur de Oslo, más o menos a tres kilómetros de la costa meridional. Ese descubrimiento lo hizo casualmente un agricultor en el mes de agosto de 1903; al abrir el túmulo, que tiene un diámetro de cuarenta metros y una altura de seis y medio, el campesino, lle no de sorpresa, se encontró con objetos curiosos, de forma imprevisible, y tuvo la idea de anunciar el hecho al profesor Gabriel Gustafson, de la Universidad de Oslo. El erudito profesor reconoció en el túmulo una sepultura regia de la época de los vikingos (750-1050), que había servido de última morada a la reina Assa, muerta en 850, abuela de Harald el de los Cabellos Hermosos, del cual hablan en términos fabulosos las sagas del país.

La sepultura estaba revuelta. Los arqueólogos sacaron de ella los restos de un barco construido en madera de encina y que tenía una longitud de 21 metros y medio, por una anchura de cinco metros. La embarcación estaba provista de 30 remos nuevos y de un timón perfeccionado, que servía a la tripulación para navegar igualmente en aguas poco profundas. Entre una multitud de objetos ordinarios y de lujo, se extrajeron también de ese navío —cuyo más til tenía 13 metros de alto— espléndidos carros finamente esculpidos, trineos y otros aparatos que fueron testigos mudos de la existencia cotidiana de los vikingos.

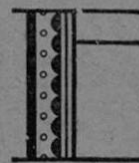
Los visitantes de la Exposición de Bruselas han visto la copia de la proa de este barco, una puerta de la iglesia de Urnes —cuyo mol de original data de 1050— una virgen en madera del mismo santuario y del siglo XII, cofres ornamentales para guardar documentos, preciosas esculturas sobre madera, un fragmento de la célebre tapicería de Baldishol, que representa los meses de abril y mayo, joyas, armas y utensilios de ejecución perfecta, así como varias reconstituciones folklóricas. Se puede afirmar que el historiador Agustín Thierry se equivocó en su "Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos" cuando escribe: "Que el gusto artístico de los vikingos no igualaba al de los escandinavos."

Análogas manifestaciones artísticas e históricas se vuelven cada vez más frecuentes: los alumnos de las clases superiores concurren a ellas con mucho interés y demuestran gran atención por el desarrollo de la civilización universal. ¿No es esto un signo evidente de la realización de las ideas modernas concernientes a la educación que en la antigüedad era puramente dogmática y libresca? Millares de jóvenes han acudido en grupos a Tournai, cuna de la monarquía francesa —como la llamaba Luis XIV a la Ciudad Real— con el fin de estudiar los tesoros del arte merovingio. Los siglos tumultuosos han transcurrido desde el día memorable en que el trabajador Adrián

Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Né Solano V.



L doctor don Carlos Durán, de grata recordación para los costarricenses, fué un médico ilustre y un gran ciudadano, que ocupó en su patria los más delicados e importantes cargos públicos. Siendo médico del Hospital San Juan de Dios, tuvo en cierta oportunidad como interno, a un joven estudiante de medicina que acababa de llegar a Costa Rica, después de haber cursado en una universidad europea el tercer año, recordamos de segundo Velando.

Se encontraba el ilustre galeno doctor Durán bastante inquieto por un enfermo grave, y recomendó al médico interno cuidase solícitamente al paciente, de preferencia en las noches, porque el caso era serio, y llevado de su inquietud, fué personalmente una noche, encontrando al joven Chaves profundamente dormido. Lo despertó el doctor Durán, y con su gracia socarrona, le dijo; como tomando alientos:

—"Mi amigo; usted no es Chaves Velando. USTED ES CHAVES DURMIENDO"...

Quinquin tocó con su pico, por azar, el sitio de la sepultura olvidada del rey Childerico. La riqueza de esta tumba era fabulosa. Se encontraron en ella trescientas abejas de oro del manto regio, doscientas monedas en ese mismo metal y pertenecientes a la bolsa, del rey, muchos adornos, innumerables objetos... Lamentablemente, este inestimable tesoro histórico, después de haber sido llevado a Francia, fué robado del Gabinete de Medallas, de París, el año de 1831. No pudieron recuperarse sino una veintena de objetos, entre ellos dos abejas y la famosa guarnición de la espada, considerada como esencial para el los merovingios eran incapaces de confeccionar parecidos joyeles y solicitaron seguramente su elaboración a artistas bizantinos. Otros arqueólogos creen firme conocimiento del arte de esa época en la habilidad artística de los francos.

La Exposición de Tournai mostraba interesantes objetos prestados por la ciudad de Colonia y que provenían de la célebre colección del Barón von Diegardt, que ca. Según ciertos especialistas, posee mil cuatrocientas piezas catalogadas. También la Biblioteca Real ha dado en préstamo a la Ex

posición algunas monedas de cri-gen merovingio.

Los joyeles de la época de las invasiones germánicas, ornamentos de oro y pedrería, permiten toda clase de hipótesis sobre la evolución del arte de los godos. Se descubre en él la influencia de la Rusia meridional, de Grecia y Roma. Muchos espectadores y, naturalmente, el gran público, admiran este arte sutil y refinado, proauido por pueblos que se creían "bárbaros", es decir, extranjeros, insensibles a la belleza, y representantes de una civilización completamente inferior.

El problema de las relaciones de los países del norte con el mundo mediterráneo en las épocas pasadas se ha planteado nuevamente con el último descubrimiento hecho en Vix, a algunos kilómetros de Chatillon-sur-Seine, del sepulcro de una princesa o de una sacerdotisa céltica del siglo VI, expuesto en el Museo del Louvre.

Además de su interés cultural, metodológico y documental, las grandes exposiciones de arte hacen que los visitantes comprendan mejor la interdependencia de las civilizaciones y rectifiquen los errores que una enseñanza anacrónica y manuales inexactos suelen infiltrar en las imaginaciones juveniles.

Las Ciudades Tentaculares

Por Charles Morazé

Los objetos preciosos que sirven de ornamento a las vitrinas de nuestros Museos y que atraen la curiosidad del público y las investigaciones pacientes de los hombres de ciencia, han sido, en su gran mayoría, descubiertos por los arqueólogos en lugares privilegiados donde se encontraban próximos a otros numerosos vestigios de las aglomeraciones humanas.

Los yacimientos de objetos antiguos, incluso si son descubiertos en lugares hoy desiertos o puramente rurales, evocan siempre la existencia de centros de actividad, de confluencias comerciales o de organizaciones sociales particulares: para decirlo brevemente, de una ciudad. Por enorme e indispensable que haya sido, y que sigue siendo, para la vida humana, el trabajo de la tierra, y de los campos, los centros urbanos han desempeñado un papel tan eminente en las comunicaciones de los hombres entre sí, en la organización de su trabajo, en la fabricación de herramientas, como precioso ha sido el de las lenguas, los números, los calendarios, los instrumentos de técnicas múltiples y las obras de arte al servicio de la religión o de la belleza, que cabe preguntarse si la historia de las ciudades y la historia de las culturas no son casi sinónimas. El historiador, aunque conozca la importancia y la habilidad de las técnicas de la tierra, guarda siempre en su espíritu el recuerdo de las ciudades históricas a las que, más o menos conscientemente, se refiere la cronología de la historia del Hombre. Ciudades sagradas, capitales de arte, metrópolis científicas y políticas aparecen como los núcleos que aseguran la actividad original de la vida de las sociedades humanas.

¿Las ciudades han tenido siempre la misma significación? ¿Puede esa significación medirse por el número de sus habitantes? ¿Quién se atrevería a decir que, por haber estado más pobladas que Atenas, han tenido Lion, Detroit u Odesa, más importancia que la pequeña ciudad al pie del Partenón? Los tres mapas que tenemos a la vista no representan, pues, más que una visión muy corta de una historia muy larga, y vista únicamente desde un ángulo muy estrecho y muy particular. Y sin embargo, ¿qué enseñanza se desprende de ese cuadro estadístico repartido en tres fechas por la superficie de nuestro planeta?

Sin evocar aquí el problema de la CALIDAD de la influencia urbana en la civilización, un hecho enorme salta a los ojos: el del desarrollo cuantitativo de las ciudades desde hace 150 años. Desarrollo que puede llamarse revolucionario y que marca una etapa del tiempo humano, tan importante como en los comienzos de la historia, el descubrimiento de la metalurgia o del alfabeto. Porque una ciudad muy poblada, una ciudad cuya población crece al ritmo que demuestran estos mapas, plantea problemas de tal naturaleza que sólo técnicas muy evolucionadas pueden llegar a resolverlos.

Contentémonos con evocar aquí la gran movilización de viveres que es necesaria para sostener a esas multitudes aglomeradas en

una pequeña superficie estéril. Rapidez y seguridad de las carreteras que se adentran por las campiñas en donde el agricultor, además de su subsistencia, ha de proveer los mercados con sus excedentes abundantes. Actividad creadora, propia de las ciudades, que de algún modo ha de pagar al campesino el servicio que éste les rinde al alimentarlas. Quien habla del crecimiento de las ciudades, evoca pues una formidable combinación de progreso de la agricultura, de la industria, del comercio, una floración de invenciones hundiéndose sus raíces en la ciencia y en la experiencia humanas. Cierto que algunas de estas ciudades aglomeradas bruscamente, pueden haber olvidado la estética en su carrera precipitada, pero a la larga, nuevos problemas de estética se plantean por esa multiplicidad nueva de aglomeraciones de un tamaño hasta hoy desconocido.

Estos tres mapas nos revelan pues que una era nueva de la historia de las ciudades —la nueva era del hombre trabajador— parece haberse abierto a fines del siglo XVIII.

Para caracterizar mejor esa novedad, sería conveniente tener buenos mapas de las ciudades en los siglos anteriores. No es fácil, sin embargo recrearlos ahora. Pero sin duda puede afirmarse sin temor a exagerar, que las ciudades en su evolución, desde los orígenes del hombre hasta el siglo XVIII, no ofrecerían nada comparable al cuadro que se nos presenta en los últimos 150 años. Sin embargo conviene insistir que aquellos mapas harían justicia al esfuerzo de las zonas de ocupación humana poco señaladas en la época reciente. Si en 1800 Bagdad no era más que un poblado de algunos miles de habitantes, en los tiempos brillantes del Islam fué una de las más fascinantes ciudades del mundo y de las más pobladas. Córdoba la capital del Gran Califato de Occidente que en el siglo XI tuvo más de medio millón de habitantes y Granada que se acercó al millón en el XIII, no llegaban a fines del siglo XVIII a 50.000 habitantes cada una. Lo mismo puede decirse de Samarcanda, de Ispahan o de Alejandría y de tantas otras ciudades importantes que se escalonaban de Este o Oeste en las grandes rutas del Asia Central. No parece que semejante esplendor pueda también atribuirse al pasado de América, pero no pueden dejar de mencionarse los fantásticos vestigios de Chichen-Itza en el Yucatán o del Cuzco en el Perú. Y sin embargo, teniendo en cuenta las importantes reservas que acabamos de hacer, el mapa N° 1, con algunos puntos más que añadir a las zonas blancas y que suprimir en las negras (principalmente en Europa occidental), traduciría, si se retrocedieran varios siglos, una densidad de las ciudades bastante análoga a la que nos ofrece en 1800.

Se trata, en efecto, de un fenómeno nuevo. Un análisis rápido es fácil: dos grandes zonas de ciudades, una al Oeste y otra al Este de Eurasia, que el mapa subraya utilizando para cada una de ellas distintos signos, negros para el Oeste, grises para el Este. Se trata en efecto, de ciudades de tipo muy distinto. La cartografía nos propone signos distintivos por escrúpulo profesional, porque si la Europa de 1800 dispone ya de un embrión de estadística —desde el siglo XVIII los pensadores de Europa se intere-

san por los problemas de evolución de la población y de su esfuerzo surgen algunas nuevas formas del seguro y ciertos censos periódicos necesarios a la democracia organizada del siglo XX—. Las estadísticas no tienen ni la misma importancia ni la misma significación en el Este donde, sin embargo, algunas ciudades tuvieron más importancia en población que las más orgullosas capitales europeas. Pekín, la ciudad de las ciudades o Tokio reunían muchedumbres más densas que las de Londres o de París. Un viajero francés del siglo XVIII nos dice que la China tenía siete ciudades más grandes que París. Pero mientras en el Oeste, estas ciudades son todavía jóvenes y en plena expansión, y organizadas alrededor de estructuras relativamente sistemáticas de la economía industrial naciente, las grandes aglomeraciones orientales son antiguas y ofrecen más bien el aspecto de una yuxtaposición de múltiples actividades a manera de una asamblea de grandes aldeas. En la Eurasia media, esas poblaciones urbanas flotantes que se desplazaban de ciudad en ciudad siguiendo a su soberano o en peregrinación religiosa o sobre las rutas comerciales debían de ser muy importantes.

Por último señalemos cómo entre el Extremo Oriente aparentemente marítimo, y el extremo Oeste, seguramente marítimo, las ciudades de la Eurasia media son continentales, como si el desierto, y los caminos de la tierra fueran entonces más sólidos portadores de civilizaciones que los caminos del mar. A decir verdad, desde 1800, el comercio marítimo estaba modificando esta localización y agregando la prosperidad nueva de Madrás a la prosperidad antigua de Trichinópolis. Pero sobre todo en el siglo XIX ¡Qué revolución! Las ciudades continentales de la India se hundían, y nacían por todas partes las ciudades marítimas. Aldeas de adobe en el siglo XVIII, como Calcuta y Bombay, se transforman en enormes centros como capitales de la economía contemporánea.

Ese progreso del gran comercio mundial que crea Batavia, Singapur y Hong-Kong en las costas de la vieja Asia, acompañada a los prodigiosos adelantos en Europa, de las ciudades y de sus técnicas. Porque en el momento en que Europa expide al mundo entero sus hombres, sus capitales, sus procedimientos económicos y científicos, se ennegrece también de ciudades, sobre todo en el gran eje que conduce desde la Inglaterra negra al fondo del Adriático, transformando el Rin en una gigantesca calle de ciudades que recorre una potente red ferroviaria, y cuyas actividades económicas que acusan la e-

mulación y en ocasiones verdaderas rivalidades, se coordinan mediante los correos y telégrafos.

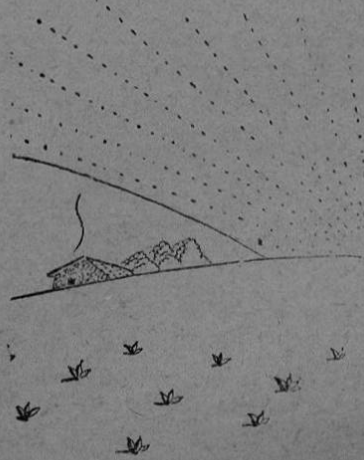
Y de Europa la fiebre de las ciudades desborda hacia el otro lado del Atlántico. Si México era la única gran ciudad de América en 1800—y ha sabido conservar celosamente su prestigio histórico— en el plano cuantitativo ha de ceder su puesto a las ciudades anglo-sajonas, a ese grupo de ciudades pujantes que ennegrece la costa Este de los Estados Unidos y se prolonga hasta Chicago. No obstante, en el hemisferio austral, se llenan de grandes puertos las orillas del Atlántico y del Pacífico. Y sobre las costas de África, el blanco no sólo ha fabricado la ciudad de El Cabo—en donde la belleza armoniza con la impaciencia del navegante— sino que también, a consecuencia tal vez del condensable tráfico de esclavos, los negros de Abeokouta forman esa aldea gigantesca, característica del despertar urbano del continente enigmático. Es menos sorprendente, bajo el impulso de la Europa vecina, el mantenimiento de las viejas ciudades islámicas como Alepo y es casi lógico su despertar, como el de la Ciudad del Cairo.

Estas transformaciones pertenecen así al período de 1800 a 1900. ¿Pero qué decir de los cincuenta años siguientes? No hay una sola de las ciudades mencionadas anteriormente que no se distinga por algún nuevo progreso: formidable torbellino de urbanización que transforma el mundo en este siglo XX, sacudido, sin embargo, por las guerras más violentas que ha conocido la humanidad —(1914-1918, 1939-1945). A pesar de tantas destrucciones, el mapa revela un siglo XX constructor, como si el crecimiento de las fuerzas destructoras pusiera aún más de manifiesto la nueva potencia humana de edificar.

¿Cómo dejar de anotar la poderosa expansión del bloque urbano europeo hacia el este! Progresan las grandes aglomeraciones rusas, cuyo origen remonta al siglo XIX, pero en el siglo XX se escalona sobre los largos caminos de Siberia todo un rosario de ciudades majestuosas, capaces ya de sostener, en las rutas del norte, la comparación con las ciudades de las antiguas rutas meridionales del Asia central, ¡Secreto del destino de las ciudades, secreto de los destinos del mundo!

Debemos recordar que hemos anotado aquí únicamente el aspecto cuantitativo del progreso urbano, pero el aspecto intrínseco es menos visible, pues reside en el trabajo de los laboratorios de los grandes centros de investigación del mundo entero, en donde algunos hombres escogidos por la sociedad realizan su tarea, afinan el mecanismo del razonamiento mediante una impecable crítica de la lógica y observan, en el más pequeño detalle, la naturaleza, con el fin de extraer de la observación más ínfima, pero justa, el secreto de una vida más llena de posibilidades y más segura para millones de hombres nuevos.

¿Estas observaciones servirán para demostrar el interés extremo del desarrollo de las ciencias y de las culturas? Una disciplina no va separada de la otra: estudiar la historia de las ciudades sin la de la ciencias, sería negarse a conocer el mecanismo de



153 LAS PRODUCCIONES CINEMATOGRAFICAS DEL 1953

Por Norman Smith

L año 1953 será memorable en Hollywood como un año en que el cinematógrafo, en su rápido proceso evolutivo, se aproximó a la edad madura vislumbrando más amplios horizontes, no obstante los obstáculos que tuvieron que franquear los empresarios para mantener y acrecentar el interés del público norteamericano en el arte de la fotografía animada.

A este fin, no sólo tuvieron que competir con la televisión, que en los últimos tiempos ha llegado a un grado extraordinario de perfeccionamiento técnico y artístico, y con el número creciente de cintas extranjeras que llegan cada día a



este país, sino que fué preciso modernizar la cinematografía este-

su éxito. En rigor, se puede concebir una historia de las ciencias que no vaya acompañada de una historia de las culturas; pero no correría esta historia el riesgo de ser incompleta, reservada a un pequeño número de especialistas, e incapaz de estimar humanamente los progresos generales que son sus frutos? Se reconoce también que la historia del desarrollo de las ciencias y de las culturas puede ganar mucho con la utilización de mapas análogos al que nos presenta aquí Jacques Bertin. El lector recibe una mejor impresión e información por una visión gráfica de conjunto que por el estudio fastidioso de una estadística triple que suele presentar los totales de poblaciones urbanas, de acuerdo con la longitud y la latitud. Es menester añadir que tales mapas permiten economizar mucho texto puramente enumerativo, lo que es una consideración importante para una obra que tanto ofrece en su título y que debe, sin embargo, contenerse en un reducido número de volúmenes.

Pero el método cartográfico no es únicamente un medio cómodo de exponer una documentación bien ordenada, sino también, sobre todo, un medio práctico de verificar la verdad de esa documentación. Un texto puede, para afirmar una tesis, limitarse a dar ejemplos y ocultar así el carácter incompleto de la documentación del autor. Ese carácter incompleto o fragmento resulta implacablemente señalado por el mapa, que obliga a llenar los vacíos, corregir los errores e indicar las incertidumbres. Además, el mapa es algo como una lengua internacional, y no plantea problemas de traducción. Así se explica que la Comisión encargada de redactar la Historia del desarrollo Científico y Cultural de la Humanidad, haya prestado interés particular a este sistema cartográfico.

reoscópica y modificar de un modo conveniente la pantalla para la proyección más realista, aumentando su anchura y dándole una forma semicircular con la concavidad hacia la concurrencia.

Como de costumbre, Hollywood produjo las correspondientes mediocridades que satisficieron a una parte del público, pero sólo a un número muy limitado de sus críticos. Sin embargo, las compañías cinematográficas hicieron películas de buena calidad, a veces excelentes, con relativa frecuencia.

Un hecho que, al parecer, ha descubierto al cabo de los años Hollywood, es que las películas más serias —algunas las denominan realistas— han tenido extraordinaria aceptación entre el público de los Estados Unidos. Las producciones de 1953 pusieron de relieve este hecho.

Es ya tradicional la costumbre norteamericana de elegir las diez películas de más mérito del año. Casi todos los periódicos y revistas forman sus propias listas las que, como es de suponer, representan una valorización por demás objetiva. Sin embargo, cuando se tiene en cuenta la lógica que ha dictado determinada selección no es justo considerarla como el criterio de un sector aislado de la prensa.

Así, por ejemplo, el New York Herald Tribune compiló interesantes estadísticas sobre el cinema-

Naturalmente, todo no puede ser presentado mediante mapas; sin duda se podrán indicar, con la mayor aproximación, los caminos seguidos por los diferentes procedimientos de numeración desde la China o la India hasta el Mediterráneo, desde Europa hasta las orillas en donde desembarcaron sus soldados, sus mercaderes o sus pensadores. Pero, el hilo conductor que guía a los lectores desde las primeras manifestaciones de la lógica humana hasta los prodigios del análisis matemático moderno, pueden presentarse únicamente gracias al lenguaje discursivo. La Comisión tiene la misma preocupación —debe tener tal vez una preocupación mayor— de someter a la crítica internacional tanto sus afirmaciones escritas como sus afirmaciones gráficas. Esta es la razón de los Cuadernos de Historia Mundial, de los cuales se han publicado ya dos números, y en los que el lector podrá seguir, cada tres meses, el trabajo de quienes han sido escogidos para llevar la gran responsabilidad de presentar al mundo un primer esbozo original que sirva para escribir, de manera internacional, una historia auténtica de los esfuerzos de los hombres y de los pueblos que han fabricado los instrumentos de civilización de los que disponemos en la actualidad.

Formulamos el deseo de que la obra que publique la Comisión presente las más completas, hermosas y ricas ilustraciones cartográficas. Ese conjunto formará el embrión de un proyecto de importancia análoga al de la historia: el de un gran atlas del mundo —tanto histórico como geográfico— en el que cada historiador de nuestro planeta podrá trazar los caminos culturales de cada pueblo —comenzando desde el de sus propios abuelos— sobre la inmensa ruta de la humanidad.

tógrafo en 1953. Los críticos del importante diario neoyorquino clasificaron 185 producciones norteamericanas reseñadas durante ese período en la forma siguiente: 31 de calidad superior, 45 pasaderas y 109 mediocres.

Al propio tiempo se reseñaron 111 producciones extranjeras con resultado casi idéntico. La clasificación se hizo en esta forma: 17 de calidad superior, 33 regulares y 61 que no pasaban de mediocres.

Las anteriores estadísticas permiten deducir que la producción de Hollywood en 1953 se puso al nivel, en calidad, de las 111 cintas importadas que pueden considerarse como la flor y nata de la producción cinematográfica extranjera.

La lista de las diez películas mejores sometida por los críticos de Nueva York la consideran muchos como la selección más acertada en el país. Según estos críticos cinco de las películas poseían suficiente mérito para conquistar los honores en la lista. Todas, a excepción de una, eran de producción americana, lo cual es notable cuando se tiene en cuenta que los cronistas tuvieron largo tiempo especial predilección por las producciones extranjeras libres en gran medida de las inhibiciones que caracterizan el arte nacional.

La elección para el puesto de honor se vino a reducir a la adaptación cinematográfica la conocida novela titulada "Hasta la Eterni-



dad" y la documental inglesa — "Conquista del Monte Everest".

Aunque se dió preferencia a la película "Hasta la Eternidad", opinan varios críticos que debería haberse optado por la "Conquista del Monte Everest" y continúan expresando su criterio desde las columnas de la prensa por considerar esta película como una de las más estupendas producciones cinematográficas filmadas.

Una particularidad de este dilema es el hecho de que ambas películas poseen a su modo extraordinario realismo. "Hasta la Eternidad" trata de la vida militar en un destacamento de Hawái poco tiempo antes del ataque japonés que sirvió de prelude a las hostilidades contra los Estados Unidos en 1941. En ella se pintan con colores muy vivos las más violentas emociones que experimentan los hombres que sirven en las fuerzas armadas.

"Hasta la Eternidad" no es un



cuadro risueño de la vida del soldado. Sin embargo, en un momento en que se consiguiera de importancia vital la moral del soldado, los oficiales del Ejército de los Estados Unidos cooperaron francamente con los productores cinematográficos. El resultado del esfuerzo conjunto ha sido una película de maravilloso realismo que se aparta bastante de la generalidad de las películas pasadas que tenían como mira exclusiva representar los aspectos más agradables de la vida.

"La Conquista del Monte Everest" es asimismo una película de duro realismo, pero en lugar de pintar la crueldad del hombre hacia sus semejantes representa con gran fidelidad y brillantez los accidentes geográficos.

"Moulin Rouge" figura en la mayor parte de las listas de producciones superiores por el trabajo magistral de los actores y su soberbio colorido. La técnica empleada es directa y, aunque en opinión de este cronista la obra de los empresarios fué débil e imperfectamente dirigida, revela sin embargo, con implacable realismo algunos de los sobrios y lozanos aspectos del París en que vivió Toulouse-Lautrec.

Aparte de esta aparente tendencia, la producción cinematográfica en el año pasado fué rica y variada. La lista de las películas selectas comprende asuntos tan diversos como las religiosas de "The Robe" y "Martin Luther", y "Shane" que versa sobre la vida en la región Oeste del país. El repertorio abarca desde el género de película musical como la de "Kiss me Kate", basada en la comedia de Shakespeare, titulada "La doma de la brava", hasta documentales como el interesante estudio de la vida animal en el desierto norteamericano por el ingenioso Walter Disney.

La lista asimismo comprende películas de asuntos como la historia del circo en Checoslovaquia que traspuso la cortina de hierro para lograr la libertad ("El equilibrista de la cuerda floja") y la simpática comedia "Roman Holiday". Además, hay por lo menos dos docenas más de producciones cinematográficas que fueron hechas con todo el esmero, habilidad y comprensión que cabe esperar de un medio que se destina al consumo popular.

No deja tampoco de tener cierta importancia el hecho de que el código moral auto-regulador de la industria cinematográfica, representado por la oficina de Breen, ha encontrado cierta resistencia en los tiempos recientes. El código de Breen se presta a un debate prolongado. Es digno de notarse, sin embargo, que en la actualidad es objeto de enconadas debates. Este es otro indicio más de los esfuerzos que se están realizando en Hollywood para producir una proporción mayor de películas destinadas al recreo de personas adultas.

White y el Ensayo Moderno

Por Ramón Sender

L ensayo es el género literario más próspero y original en los Estados Unidos. Lo era ya en el siglo pasado y en los años de la fundación de la república. Por un novelista de primer orden, como Melville, este gigantesco país ha tenido 3 ensayistas de excepción Thoreau, William James y Emerson, más o menos en la misma época. ¿Cuáles son los grandes ensayistas de hoy? En primer lugar, el ensayo, como todos los géneros, ha evolucionado. El industrialismo ha hecho más corto el ensayo y le ha quitado aspiraciones y vuelos trascendentales, para darle algo que en el siglo pasado no abundaba tanto: el humor y la gracia. El industrialismo ha traído también la preocupación esteticista y ha disminuído la preocupación moral y social. Ha frivolizado el ensayo. Pero cuidado con la frivolidad, que tiene sus derechos y sus leyes entre las cuales caben la simplicidad y la simpleza, que son cosas diferentes. Lucrecio podía ser frívolo. Montaigne también. Y no eran nunca triviales.

¿Cuáles son los ensayistas de hoy? Por tomar el último ejemplo digno de mención, nos referiremos a N. B. White y a su libro "El segundo árbol contando desde la esquina", título extraño que ayuda a definir el ensayo, no sólo por su cabiduría y su objetividad, sino también por cierta ligera tendencia lírica. Algunos escritores de autoridad creen que White es el primer ensayista de los Estados Unidos. No hay que definir por números ordinarios. Puede ser el segundo, el quinto o el tercero y medio. Podría ser el último y seguiría siendo un producto típico de la mente americana más elocuente que las estadísticas del Instituto Gallup.

Yo creo que lo que da altura y distinción al ensayo moderno es el humor poético. En sí mismo el humor es muy difícil. Representa el punto de fermentación de nuestra experiencia. La madurez de un espíritu serenamente alerta. El humor, el don de burlarse de sí mismo (y de la humanidad), sin herir ni envilecer a la humanidad ni engañarla ni adularla ni decepcionarla en materia de moral o de fe, en un don que la providencia concede raramente. El humor del ensayista moderno, y especialmente de White en su libro, está hecho de todo eso y, además, de sinceridad. La máxima sinceridad expuesta de un modo calculadamente escéptico-sueño ser humorística.

La vida, con el predominio de los convencionalismos burgueses—esto es, urbanos y de ciudad,—ha creado la obligación de la mentira. Es decir, de la cortesía. La cortesía es la mentira amable, la mentira afable o la mentira reverente. No se engaña a nadie con ella.

La convivencia en la ciudad exige el cuidado de las apariencias y elimina la sinceridad. Al menos, la sinceridad radical. Es incómoda—según la gente mundana—y, por lo tanto, entra en el repertorio de las cosas de mal gusto. He aquí por qué la sinceridad inesperada de un hombre que sepa calcular el efecto de sus palabras sin irritar a nadie es una excelente manera de ejercer el humor. Los ensayistas lo saben muy bien. White usa prudente y hábilmente de esa sinceridad a lo largo de su libro.

A propósito de la sinceridad y el humor, recuerdo una anécdota archisabida de Bernard Shaw. Cuando estrenó "Cándida", el público le hizo salir a escena a recibir los aplausos. En la sala había un espectador que protestaba furiosamente. El público miraba indignado al discrepante, y éste silbaba y repetía: "Muy mal. Esa comedia es de una banalidad ridícula. Bernard Shaw alzó la mano para pedir silencio y dijo: —Usted tiene razón, amigo mío. La comedia es mala, está llena de flaquezas y trucos vulgares. Pero ¿qué podemos hacer usted y yo solos contra esta gente apasionada?"

Naturalmente, es un rasgo de humor. Es decir, de sinceridad humorística. El autor, aunque se llame Bernard Shaw—que tenía fama de vanidoso—, conoce las debilidades de su propia obra igual que sus grandezas. Y Bernard Shaw sabía que "Cándida" no era lo que él había ambicionado. Nunca un artista consigue hacer lo que ha soñado. Siempre se queda por debajo de su propósito, y eso lo sabe él mejor que nadie.

El humor, basado en la sinceridad oportuna, tiene hoy entre los ensayistas, todavía un toque lírico. No es fácil insertar alusiones poéticas en el ensayo. El buen ensayo se hace con la razón a secas. Y las virtudes líricas son contrarias a la razón. Dice Novalis que toda incongruencia es, en su base, poesía. La imagen poética no es más que una incongruencia hecha verosímil, no para nuestra razón, sino para nuestra sensibilidad. ¿Cómo incrustar la incongruencia poética en un ensayo? Y, sin embargo, es la característica del ensayo moderno.

En el caso de los norteamericanos ese humor poético está recatado y escondido. Sería de mal gusto mostrar una inclinación esteticista demasiado viva. Habría el riesgo de escribir, no un ensayo, sino un poema en prosa, probablemente malo. El ensayo debe tener como base, hechos, datos, cifras y conceptos de una exactitud improbable. White resuelve la aridez de esa base con el humor. Dice White que el humor es inaprensible y no puede ser analizado. Pero yo creo que puede ser definido por eliminación de los otros elementos afines: ironía, sarcasmo, comicidad, burla, sátira. Dice también White que el humor actúa cerca del gran fuego de la verdad y que el lector siente a menudo un poco de ese calor reflejado. Eso está de acuerdo con lo que decimos sobre la sinceridad. Para añadir el toque poético basta con que a esa sinceridad de nuestra conciencia



añadamos la sinceridad de nuestro deseo íntimo, contemplativo u orgiástico.

Lo malo de esa clase de ensayo es que se presta a confusión. Y que los anglosajones odian la confusión. Es fácil obtener la vaguedad poética y ese género de emoción que nos ofrecen las máximas alturas del paisaje, (nebulosidades, horizontes indefinidos) o las máximas profundidades, sin luz, del océano. Pero obtener la emoción lírica valiéndose de una relación de palabras y conceptos tan exacta como dos y dos son cuatro es casi imposible. Hay subterfugios. Algunos un poco extravagantes. Se han dicho que si dejáramos una máquina de escribir en un bosque habitado por chimpancés, y estos comenzaran a teclear a capricho, al cabo de un número de experiencias y de años o de siglos, uno de ellos escribiría el Hamlet o el Quijote. En esta broma hay una serie de hipótesis lógicas: la mecanización del trabajo mental, el cálculo de probabilidades, la ley del desarrollo progresivo de las aptitudes, el azar y un toque más o menos humorístico del misterio de la creación natural. Este misterio hace coincidir nuestra imaginación con lo dramático y lo cómico transcendental en una pequeña farsa.

El ensayista White nos dice que la vida es ardua, caótica y a veces horrible, pero que es deseable en su caos y en su horror. Nos lo dice de modo que percibamos al mismo tiempo, recíprocamente condicionadas, la delicia de ser y el espanto de la nada. Nos dice que la sociedad es absurda, pero encantadora, y que el hombre es abyecto, pero que la estructura de su abyección toca al milagro. Naturalmente, White no habla de milagros. La presencia del milagro haría confusa la línea del raciocinio. Pero la luminosa complejidad de su interpretación nos sugiera pequeños prodigios, aquí y allá.

Nos dice que la ciudad (porque "el segundo árbol a contar desde la esquina" es una alusión a la ciudad moderna) tiene horribles circunstancias sociales, económicas, higiénicas, prácticas. Pero en cada una hay algún ángulo desde el cual vemos soluciones armoniosas.

Incluso en ese lenguaje utilitario de la urbe, que es la estadística se puede insertar el toque del humor poético. Recuerdo un ensayo de un médico en el cual relacionaba el 0.003 por cien

Cultura en el mundo.—

LIBROS ESCOLARES A PRECIO ECONOMICO EN EL BRASIL

En distintas municipalidades del Estado de Río se están celebrando reuniones entre las autoridades, profesores y personas para crear una cooperativa de distribución de material escolar, que va a permitir la adquisición de libros escolares a precios más reducidos. Hasta la fecha se han organizado cuatro de estas entidades en el Estado de Río y funcionan en Niterói, Campos, Petrópolis y Paraíba do Sul.

JORNADAS INTERNACIONALES DE PSICOLOGIA

La psicología del niño y sus aplicaciones serán el objeto de una reunión internacional que se celebrará en París del 21 al 26 de Abril próximo, bajo la presidencia del Profesor Henri Wallon. Con tal motivo los docentes, los investigadores, los juristas y los trabajadores sociales, presentarán informes sobre el estado de la enseñanza y de la investigación sobre psicología infantil en los diversos países. Los debates que se abrirán se referirán a dos temas esenciales: "La aportación de la psicología a la pedagogía" y "El niño y sus ambientes".

EL REINO UNIDO RATIFICA LA CONVENCION DEL CERN

El gobierno del Reino Unido ha ratificado la Convención por la cual se crea la Organización europea para la investigación nuclear. Dicha Convención se aprobó el 1º de Julio último por los representantes de doce Estados europeos miembros de la Unesco. Firmada la Convención por esos doce Estados, entrará en vigor en cuanto haya sido ratificada por siete de entre ellos siempre que sus cuotas de contribución constituyan el 75% del presupuesto de la Organización. El Reino Unido ha sido el primero que la ratifica. La finalidad de la Convención es construir en Ginebra un gran laboratorio internacional.

to de una estadística de mortalidad por encefalitis con el pequeño ataúd blanco de un niño a quien iban a enterrar. Aquel minúsculo ataúd era de 0.003 de la estadística, en esa sugestión había un gracioso y delicado acento lírico.

En los ensayos de los escritores modernos se encuentran todos esos matices. Lo mismo en Peale ("El poder del pensamiento") que en Maurois ("Lelia") o en Thurber ("En el país de Thurber") o en Holbrook ("La edad de los Moguls"), por citar los libros de ensayos aparecidos estos días.

La realidad de Thurber, como la de White, tiene sorpresas y sobrentendidos humorísticos. Los dos son columnas maestras de ese edificio de gracia amable que se llama "The New Yorker". Y los dos dejan el paso con frecuencia a una corriente de ternura que compensa la aspereza de los hechos. La ciudad de Thurber y la de White son vecinas. Las dos nos enseñan a sonreír de nosotros mismos con piedad y con un sentido realista de una crueldad objetiva. Esas dos actitudes son compatibles en ellos. ¿Como? Hace muchos siglos que lo decía Lucrecio: "Nada tan movido como el alma cuando concibe o actúa. Es más ágil que todo lo que la naturaleza ha puesto bajo nuestra mirada".



TREINTA Y CINCO.— ESENCIA DE BONDAD.

Obra analizada: las fantasías de Juan Silvestre, prosas de Carmen Lira, 1918.

Estimado señor Director,
 Quiero hablarle hoy de un libro que es una delicada manifestación del feminismo sensato que nadie, absolutamente nadie, puede rechazar. Hay en él dulzura, suave dulzura y pensamiento, profundo pensamiento. Esas páginas encadenan las ideas de quien las va leyendo con cariño intenso, como acostumbro hacerlo yo con cuanto libro bello penetra en el dominio de la luz de mi lámpara a la que quiero tanto como el mismo Juan Silvestre quería la suya.

Las selecciones que componen la interesante obra de Carmen Lira constituyen la biografía intelectual de un ser de fantasía que esta inteligente autora nuestra logró entrever en sus diálogos fecundos con las cosas de la naturaleza y con las cosas de los seres humanos. Diálogos que son meditaciones profundas acerca de la esencia de la Belleza y de la Bondad. El perfil de Juan Silvestre, su gran cabeza canosa, su fisonomía de piedra y sus hermosos y brillantes ojos, no son sino belleza y bondad. La misma belleza y la misma bondad que tuvieron un altar en el alma privilegiada de aquella artista sincera que se llamó Carmen Lira.

Juan Silvestre es un observador minucioso de la vida y de los seres que, en la vida, gesticulan para conquistar su puesto al sol. Es un psicólogo que no quiere aparecer como tal. Es un definidor de almas que posee la habilidad de acertar siempre. Basta leer aquel retazo de vida con el que se inicia el pequeño volumen. Basta conocer "Las Madamas Bovary" para darse cuenta de cuán profundamente Juan Silvestre supo analizar las amiguitas suyas ante cuyas palabras y ante cuyos gestos logró evocar la figura trágica, saturada de angustia y de desesperanza, de la provinciana de Gustav Flaubert.

Un hábito de ternura se desprende de la fantasía titulada "Por esas almas..." A Juan Silvestre le agrada señalar florecimientos ocultos; descubrir fuentes de aguas perfumadas que en silencio ceden su valioso tesoro para que las demás aumenten la propia vanidad imperecedera. Es un viejo sensato y discreto. Al recorrer el sendero que su vida sigue por entre las demás existencias, se complace en ir recogiendo florecillas, de esas que, en los bordes del camino, brotan sin que, en ellas, nadie ponga siquiera un algo de atención. Mucho menos, un algo de cariño.

Ese es su carácter. Así lo obliga la inquietud que de él se ha apoderado. Tal desasosiego lo impulsa a querer convertirse en una inmensa columna de amor que se pierde entre las nubes, que le permita ir cazando estrellas. No para él. Ha de regalarlas a quienes, aquí abajo, sienten la nostalgia infinita de amar y de ser amados.

Es un limpio de corazón. Es como el rayo de sol que —así lo afirma, en su denso diario, el mismo Juan Silvestre— igualmente pone la alegría de sus caricias en la espuma inmaculada de las olas intranquilas que sobre el verde alevoso de los pantanos dormidos. Es un San Francisco de Asís moderno. Todo lo encuentra igual. Todo es digno de amor. Las aguas del mar colérico; las de los lagos románticos; las de los torrentes atrevidos; las de los pantanos traicioneros; las de las fuentes discretas y murmuradoras...

Juan Silvestre es una de las figuras más interesantes y menos conocidas en nuestra desconocida literatura. Es un gran poeta. Cantor entusiasta de cuanto hay de bello en la vida. Relator de íntimas delicadezas y de indecibles encantos. Ha sabido pasar por el mundo dejando, en él, una estela de luz maravillosa. Con esa luz de inefable suavidad ilumina aquellos rincones de la existencia en los que viven silenciosas las deidades suyas: la Belleza y la Bondad.

Juan Silvestre es Carmen Lira en persona. Es esa artista delicada que, en el silencio de una vida fecunda y modesta, logró sentir los estremecimientos sublimes con los que el cortejo sagrado de las Musas anuncia su llegada a las almas predilectas.

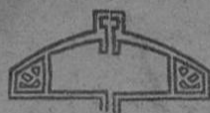
Preciso es que los costarricenses, todos los costarricenses, pensemos en realizar la edición de las Obras Completas de Carmen Lira. Su novela pertenece al grupo de las que podríamos llamar de energía. Su cuentos están engastados en lo íntimo del alma popular. Su teatro es de una deliciosa y sugestiva fantasía.

En su obra total —valiosa en cada uno de sus aspectos— Carmen Lira quiso transformar lo insólito en cotidiano. Y, en realidad, su intento siempre se vió realizado.

Antes de terminar esta carta literaria, escrita bajo la influencia de una profunda simpatía y de una devota admiración hacia la autora de "Las fantasías de Juan Silvestre", deseo trazar lo que podría llamar una fotografía espiritual, íntima, de la escritora costarricense cuya desaparición nunca dejaremos de llorar.

Había en ella una vocación artística profunda y bien definida. De un corazón saturado de nobleza, para ella no existían cosas pequeñas. Encerraba un mundo de afectos en cada objeto, en cada paisaje, en cada espíritu. En ella se apreciaba una verdadera unidad espiritual que se transparentaba en una perfecta unidad artística.

Nada de improvisaciones. Con una serenidad a toda prueba buscaba siempre el propio camino de perfección. Daba, en seguida,



ASI
 VISTEN
 ELLAS

BETTY
 VARGAS
 CHACON

Nocturno...
 Río azul en que
 florece el cielo,
 sembrando sus
 estrellas... Can-
 ción, nota y ar-
 pegio, y su pre-
 sencia, enton-
 ces, hecha de
 sueño, de su-
 ve, alegre en
 sueño...

(Foto Solano)



VAGABUNDA, LA TIJERA

Erase que se era,
 una vez,
 dedal, aguja y tijera,
 vuelta que vuelta la aguja,
 junto al dedal, vieja y muerta.
 Vagabunda, la tijera.

Y érase que se era,
 una vez,
 bilvancillo, bilván, respunte,
 una vez,
 dedal, aguja y tijera.

SALVADOR JIMENEZ CANOSSA

una impresión íntima de genialidad.

Su alma, noble y generosa, se sentía inspirada siempre por una rápida y enérgica decisión, por una audacia amable, por una lealtad a toda prueba.

Alentaba un constante anhelo de combate. A pesar de las apatías, no era fría. Al contrario, fué, en todo instante, amplia en sus emociones fuertes siempre, francas a toda hora.

Nada de indolencia psíquica. En ella se realizó, en todos los momentos, la victoria de lo espiritual sobre lo material. Su imaginación, libre siempre de trabas internas y externas, fué evocadora incansable, inagotable de bellezas sin fin.

La sencillez, la simplicidad, la naturalidad, le ofrecieron su constante orientación valiosa. En la Vida y en el Arte.

Del señor Director de LA REPUBLICA con toda estima,